

My Adorable



NORVAL PEASE

4

LA ADORACIÓN GENUINA conduce al pecador al pie de la cruz, de donde lo eleva hasta la presencia de Dios. Allí, en compañía de los seres santos del universo entero, se entrega sin reservas al Señor y es bendecido con la comunión divina y la recepción de su misericordia. Aquí, Dios es el centro, y cada persona presente en el culto adora a su Hacedor y Rey.

En esta inspiradora obra, *Y adoradle*, Norval Pease –además de repasar el desarrollo del concepto bíblico de la adoración– pone de relieve la importancia de armonizar la forma del culto aceptable a Dios con el contenido de la verdadera adoración. Puntualiza igualmente la necesidad de desechar los elementos superfluos del culto, tales como el protagonismo personal, la irreverencia y el afán tan popular de amoldarse a criterios que satisfagan los gustos personales de algunos, en lugar de apegarse a los principios divinos de la adoración aceptable a Dios.

Que esta excelente obra acerca de la forma y el contenido de la adoración verdadera nos haga comprender el privilegio incomparable de presentarnos ante el Soberano del universo, de modo que “su alabanza sea en la congregación de los santos”.

ISBN 1-57554-325-7

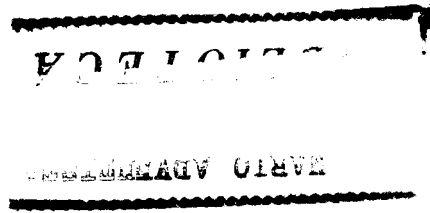


9 781575 543253

SEMINARIO ADVENTISTO
BIBLIOTECA

*Y
Adoradle*





005248

*Y
Adoradle*

NORVAL PEASE

0

Asociación Publicadora Interamericana
Belice-Bogotá-Caracas-Guatemala-Managua
México-Panamá-San José-San Juan
San Salvador-Santo Domingo-Tegucigalpa



Adoración

Título de la obra original: *And Worship Him*
Vicepresidente editorial: *Félix Cortés A.*
Traducción: *Raúl Lozano Rivera*
Redacción: *Mario A. Collins*
Diagramación: *Santiago Meléndez A.*
Portada: *Ideyo Alomía L.*

*La alabanza de Jehová
proclamará mi boca,
y todos bendigan su santo nombre
eternamente y para siempre.*

Copyright © 2002, por
Asociación Publicadora Interamericana
Derechos reservados

ISBN: 1-57554 -325-7

Asociación Publicadora Interamericana
2905 NW 87th Avenue
Miami, Florida 33172
Estados Unidos de Norteamérica

Impreso para APIA por:
Grupo OP
Bogotá, D.E., Colombia

Impreso en Colombia
Printed in Colombia



Contenido

Capítulo

1	La Biblia y la adoración	11
2	Apostasía y reforma	31
3	La “renovación de la liturgia” y el adventismo	47
4	La forma del servicio de adoración adventista	63
5	El contenido del servicio de adoración adventista	87
6	La predicación y la adoración	109

Al observar las diversas modalidades de adoración en el culto de las iglesias cristianas de hoy, muchos feligreses se interesan -¡y con razón!- por descubrir si existe o no un ritual recomendable para la verdadera adoración.

En los últimos años, el problema de la liturgia parece haberse generalizado, hasta preocupar a las diversas denominaciones, sin exceptuar la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Lamentablemente, diferencias culturales, influencias posmodernistas, confusión entre el ceremonial y el significado de la adoración, han influido para que la Iglesia sea víctima de intranquilidad por causa de las diferencias referentes a la liturgia que medran en su medio y tienden a desunir a los miembros, en lugar de unificarlos en el acto de adorar a Dios "en espíritu y en verdad".

Para muchos, lo que importa es cómo se siente el adorador a la hora del culto. Es decir, cómo reacciona al "observar" el desarrollo del "programa" litúrgico el sábado de mañana. Desde luego, esta clase de feligreses no comprende que, la adoración genuina es enormemente más que una reunión de "actores" y "expec-

tadores"; estos últimos llamados a juzgar la actuación de los primeros y aplaudir o desaprobar su desempeño. Tal vez ignoran que el elogio humano de los conductores y participantes directos en la producción del ceremonial del culto, no es otra cosa que una adoración de los dioses falsos de la música, la oratoria, el drama y otros talentos que exaltan la habilidad de hombres y mujeres, en lugar de conducirlos a los pies del Altísimo. ¡El hombre jamás puede ser el centro del verdadero culto!

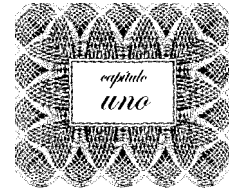
La adoración genuina, en cambio, conduce al pecador al pie de la cruz, de donde lo eleva hasta la presencia de Dios. Allí, en compañía de los seres santos del universo entero, se entrega sin reservas al Señor y es bendecido con la comunión divina y la recepción de su misericordia. Aquí, Dios es el centro, y cada persona presente en el culto adora activamente a su Hacedor y Rey.

En esta inspiradora obra, *Y adorarle*, Norval Pease -además de repasar el desarrollo del concepto bíblico de la adoración- pone de relieve la importancia de armonizar la forma del culto aceptable a Dios con el contenido de la verdadera adoración. Puntualiza igualmente la necesidad de desechar los elementos superfluos del culto, tales como la figuración, la irreverencia y el afán tan popular de amoldarse a criterios que satisfagan los gustos personales de algunos, en lugar de apegarse a los principios divinos de la adoración aceptable a Dios.

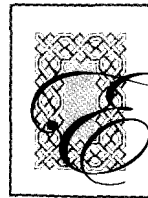
Que esta excelente obra acerca de la forma y el contenido de la adoración verdadera nos haga comprender el privilegio incomparable de presentarnos ante el

Soberano del universo, de modo que "su alabanza sea en la congregación de los santos", es el anhelo de

Los editores.



La Biblia y la adoración



El punto de partida en nuestra búsqueda de una filosofía de la adoración será la Biblia. Andrés W. Blackwood, en su excelente libro *El bello arte de la adoración pública*, dice acertadamente: "En el estudio de la adoración pública, el mejor libro de texto es la Biblia. Las enseñanzas que en ella aparecen generalmente son indirectas y el método que usa es el ejemplo en vez del precepto. Las Escrituras están tan saturadas del espíritu de adoración y tan llenas de ejemplos de cómo cantar y orar a Dios, que algún erudito debe escribir un libro sobre la materia".

El propósito de este capítulo será investigar los antecedentes bíblicos que pueden ayudarnos a elaborar una teología de la adoración. Lo único que haré será bosquejar la gran cantidad de material existente en este terre-

no, con la esperanza de que esta presentación motive un estudio más profundo de lo que la Biblia dice sobre el respecto.

El libro de Génesis comienza presentando la razón básica para adorar: Dios es el Creador, y nosotros sus criaturas. Al parecer, Dios deseó que esta relación se convirtiera en un memorial, puesto que estableció el sábado como un recordatorio semanal de su calidad de Creador. Al bendecir y santificar un día, pensó en el tiempo como un símbolo fundamental de la adoración. El primer símbolo de la adoración que dio al hombre no fue un árbol, una roca, un edificio, un altar o un animal, sino veinticuatro horas, recurrentes cada siete días. ¿Podría haber algo esencial, más universal que el tiempo? Este símbolo no cambia por causa de la geografía, la cultura o el paso de los años. Para el hombre; el tiempo es básico.

Pero Dios le dio al hombre algo más que un día santo: se dio a sí mismo. Fue compañero cercano de Adán y Eva en el Jardín. La relación era estrecha; la adoración, altamente personal. Después de la entrada del pecado, la adoración continuó, pero en términos un tanto diferentes. Nuevos símbolos tipificaron la redención final del hombre de su estado caído. De esta forma, el altar y el cordero entraron en la escena del culto. La experiencia de Caín, cuya ofrenda no era aceptable para Dios, es una lección anticipada de que la adoración tiene un significado teológico. Es más que un mero gesto natural del hombre según su propio prurito. Tiene que haber una armonía perfecta con la revelación que Dios le ha dado.

Al aumentar la población, la adoración llegó a ser más compleja. "Entonces los hombres comenzaron a invocar

el nombre de Jehová" (Gén. 4:26. Esto ocurrió en el tiempo de Enós, bisnieto de Adán). Sobre este versículo, el *Comentario bíblico adventista*, tomo 1, pág. 256, dice: "En su tiempo comenzó un culto más formal. Por supuesto, los hombres habían invocado al Señor antes que naciera Enós, pero a medida que transcurrió el tiempo surgió una distinción más pronunciada entre los que adoraban al Señor y los que lo desafiaban. La expresión 'invocar el nombre de Jehová' se usa frecuentemente en el Antiguo Testamento para indicar, como lo hace aquí, un culto público (Sal. 79:6; 116:17; Jer. 10:25; Sof. 3:9)".

Después de abandonar el arca, a Noé se lo describe como adorando a Dios (Gén. 8:20-22). Este acto de adoración prosiguió a la revelación de sí mismo que Dios dio a Noé; y, acto seguido, Dios lo bendijo. Este mismo patrón es evidente en las otras descripciones que hace el Génesis de la relación entre Abraham y Dios. En el capítulo 12:7 leemos: "Y apareció Jehová a Abram, y le dijo: 'A tu descendencia daré esta tierra'. Y edificó allí un altar a Jehová, quien le había aparecido." Génesis 13:14-18 describe la repetida promesa de Dios hecha a Abraham, y termina con las conocidas palabras: "Abram, pues... edificó allí un altar a Jehová."

Cuando la fe de Abraham fue probada en el Monte Moria, él respondió a la voz de aceptación del ángel de Jehová ofreciendo el carnero en holocausto. En otra ocasión Abraham adoró a su Dios entregando sus diezmos al sacerdote del Señor. En una ocasión más, él plantó "un árbol tamarisco en Beerseba, e invocó allí el nombre de Jehová Dios eterno" (Gén. 21:33).

Cuando el siervo de Abraham reconoció cómo las providencias de Dios lo habían guiado en su búsqueda

de una esposa para Isaac, dijo: "Y me incliné y adoré a Jehová, y bendije a Jehová Dios de mi señor Abraham, que me había guiado por camino de verdad para tomar la hija del hermano de mi señor para su hijo" (24:48).

Cuando Jacob se encontró con el Señor en Betel, como respuesta levantó un pilar, vertió aceite sobre él, hizo un voto y llamó al lugar Betel, "casa de Dios" (28:18-22). Años más tarde, Dios lo guió para que volviera al mismo lugar e hiciera "allí un altar a Dios" (35:1). Dios le habló nuevamente y le renovó la promesa que le fuera dada a su abuelo, "y Jacob erigió una señal en el lugar donde había hablado con él, una señal de piedra, y derramó sobre ella libación, y echó sobre ella aceite. Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar donde Dios había hablado con él, Betel [Dios de Bet-el]" (vers. 14, 15).

Estos incidentes nos enseñan algo acerca del culto realizado en los tiempos premosaicos. Era característicamente la respuesta de un hombre a su encuentro personal con Dios. Adoraba, no para apaciguar a un Dios al cual temía, sino para expresar su gratitud y amor al Dios que se le había revelado. Los símbolos eran sencillos: un altar, un cordero, una roca, un árbol, un pilar, una cabeza inclinada, un lugar llamado "casa de Dios". La adoración era muy personal y muy real. Dios se acercaba estrechamente al hombre, y la respuesta de éste era rendirle culto.

Durante la era mosaica la adoración continuó siendo personal, aunque se agregaron nuevas dimensiones al darle el Señor a Israel el estatus de nación. Dios se le reveló a Moisés en la zarza ardiente, y éste fue inducido a quitarse los zapatos porque se encontraba en lugar

santo. Cuando Aarón le dijo a la nación esclava que Dios estaba a punto de liberarlos, "se inclinaron y adoraron" (Éxo. 4:31). Cuando Moisés y Aarón se presentaron ante Faraón, su petición fue que Israel debía ser liberado para que adorase a Dios.

Al obtener su liberación Israel, se estableció un servicio de culto, la Pascua, y Dios les dijo: "Guardaréis esto por estatuto para vosotros y para vuestros hijos para siempre" (Éxo. 12:24). Cuando Israel cruzó con seguridad el Mar Rojo, Moisés y el pueblo cantaron un himno de alabanza a su Dios. Ya una vez en el desierto, se le recordó al pueblo a través del milagro del maná su responsabilidad respecto de un día de adoración. Cuando Dios proclamó la ley desde el Sinaí, los primeros cuatro mandamientos tenían que ver con la adoración. Los libros del Pentateuco tratan mayormente de dos asuntos: el culto y la ética.

La adoración mosaica, según la bosqueja el Pentateuco, consistía en sábados, días festivos especiales, sacrificios, Día de Expiación, sacerdocio y santuario. Este sistema no surgió espontáneamente, fue revelado. El culto de Israel se fundaba en la teología divina, una teología que incluía la trascendencia de Dios, la pecaminosidad del hombre, la gracia y la necesidad de perdón.

El becerro de oro de Aarón fue una perversión de la adoración. Este incidente era serio puesto que representaba teológicamente una falsa adoración. El becerro NO era el Dios que los había sacado de Egipto. El pecado de Aarón aquí fue similar al de Caín: una sustitución de la manera de adorar revelada por Dios, por otra formulada por el hombre.

El último acto público de Moisés fue una canción de

adoración (Deut. 32), en la cual cinco veces caracterizó a Dios como una Roca. "Él es la Roca" -dijo-, "cuya obra es perfecta, porque todos sus caminos son rectitud; Dios de verdad, y sin ninguna iniquidad en él, es justo y recto" (vers. 4). Esta era adoración del más alto nivel.

Durante la era mosaica, la adoración se volvió más compleja a fin de adaptarse a conceptos teológicos en desarrollo. El concepto de lugar llegó a ser más importante con el devenir de la nación, y el sacerdocio se convirtió en parte integrante del plan. El tema central era el sacrificio, pero preservando la forma personal del culto, porque muchos de los sacrificios eran de este carácter. Si bien los detalles se prescribían celosamente, sólo existía una oración prescrita: la bendición sacerdotal de Números 6:24-26. Este sistema de adoración tenía un propósito especial como lo señala Elena de White.

"De este modo, en el servicio del tabernáculo, y en el del templo que posteriormente ocupó su lugar, se enseñaban diariamente al pueblo las grandes verdades relativas a la muerte y al ministerio de Cristo, y una vez al año sus pensamientos eran llevados hacia los acontecimientos finales de la gran controversia entre Cristo y Satanás, y hacia la purificación final del universo, que lo limpiará del pecado y de los pecadores" (*Patriarcas y Profetas*, pág. 372).

La historia de Israel, desde que conquistó Canaán hasta su cautividad, estuvo marcada por una constante lucha respecto de la adoración. Uno de sus mayores problemas era la atracción que ejercía el culto a Baal, caracterizado tanto por sus degradantes normas éticas, como por su liturgia fascinadora. Esta adoración era un retorno al becerro de oro de Aarón y todo lo que éste repre-

sentaba. Los jueces atacaron severamente el problema. El profeta Samuel, al establecer las escuelas de los profetas, se había propuesto preservar la adoración del verdadero Dios. Elías también combatió audazmente aquella falsa adoración.

Hacia el tiempo de los profetas del siglo octavo, la adoración de Israel se había convertido en una forma vacía, algo carente de significado debido a las normas morales tan bajas. Amós citó al Señor diciendo: "Aborrecí, abominé vuestras solemnidades, y no me complaceré en vuestras asambleas. Y si me ofreciereis vuestros holocaustos y vuestras ofrendas, no los recibiré, ni miraré a las ofrendas de paz de vuestros animales engordados. Quita de mí la multitud de tus cantares, pues no escucharé las salmodias de tus instrumentos. Pero corra el juicio como las aguas, y la justicia como impetuoso arroyo. ¿Me ofrecisteis sacrificios y ofrendas en el desierto en cuarenta años, oh casa de Israel? Antes bien, llevabais el tabernáculo de vuestro Moloc y Quiún, ídolos vuestros, la estrella de vuestros dioses que os hicisteis. Os haré, pues, transportar más allá de Damasco, ha dicho Jehová, cuyo nombre es Dios de los ejércitos" (Amós 5:21-27).

Oseas, Isaías, Miqueas y otros profetas, repitieron esta advertencia vez tras vez, pero con pobres resultados. Elena de White dice:

"Los servicios del templo continuaban como en años anteriores y las multitudes se congregaban para adorar al Dios viviente; pero el orgullo y el formalismo reemplazaron gradualmente la humildad y la sinceridad" (*Profetas y reyes*, pág. 225).

Los profetas no atacaron el sistema de sacrificios

como tal, sino rechazaron sus abusos. La adoración se había estancado tanto en la práctica de la liturgia como en la forma. Los adoradores ignoraban sus responsabilidades éticas. Formas de adoración raras desplazaron a los principios revelados. Y como resultado de esta desviación de la verdadera adoración, Israel fue llevado al exilio. Reformadores como Josías, Jeremías y Ezequiel trataron en vano de invertir el curso de esta trágica tendencia.

Tras el retorno del exilio, el templo y el sacerdocio fueron restablecidos en Israel. Se puso mucho énfasis en la ley aunque, en lugar del énfasis espiritual preconizado por los profetas, se desarrolló una nueva variante de la forma a la cual denominamos "judaísmo". Esta era una religión altamente ritualista y legalista que Cristo tuvo que enfrentar en sus días. La ceremonia se mantuvo gracias a la actitud defensiva de los sacerdotes y al legalismo practicado por los escribas adoradores de la ley.

Sin embargo, a pesar de los errores cometidos por los hebreos, el impacto de un gran legado dejado en el campo de la adoración, incluyendo los salmos, es estimulante. Las prácticas básicas de la adoración del Antiguo Testamento -perdón de pecados y gozo en el Señor- eran legítimas, si bien se abusó de ellas. El énfasis profético en la adoración ética era correcto. Incluso las mismas fallas del pueblo del Antiguo Testamento, nos enseñan valiosas lecciones en cuanto a la adoración. El Antiguo Testamento se destaca casi exclusivamente entre las producciones literarias de la antigüedad con sus claras enseñanzas de cómo adorar a Dios, sin el uso de ídolos, basándose en el amor en vez del temor, con altas normas éticas.

El ritual del Antiguo Testamento varió según el tiempo y el lugar a partir del voto tomado por Jacob sobre una solitaria pila de piedras, hasta el ornamentado culto que se celebraba en el Templo de Salomón. Presente en todas estas variaciones estaba la revelación de un Dios todopoderoso, amoroso y lleno de propósitos. La adoración del Antiguo Testamento tenía una orientación teológica; y cuando los hombres ignoraban la teología, su adoración carecía de significado. Cuando los profetas revivieron la verdad teológica, la adoración también cobró vida. Por eso, la revelación del Antiguo Testamento no debe ignorarse. ¿Dónde, entre todos los escritos de los hombres, puede encontrarse un mejor canto de alabanza a Dios sino en el Salmo 145?

¡Leámoslo!:

"Te exaltaré, mi Dios, mi Rey,
y bendeciré tu nombre eternamente y para siempre.
Cada día te bendeciré,
Y alabaré tu nombre eternamente y para siempre.
Grande es Jehová, y digno de suprema alabanza;
Y su grandeza es inescrutable.
"Generación a generación celebrará tus obras,
Y anunciará tus poderosos hechos.
En la hermosura de la gloria de tu magnificencia,
Y en tus hechos maravillosos meditaré.
Del poder de tus hechos estupendos hablarán los hombres,
Y yo publicaré tu grandeza.
Proclamarán la memoria de tu inmensa bondad,
Y cantarán tu justicia.

Y Adoradle

"Clemente y misericordioso es Jehová,
Lento para la ira, y grande en misericordia.
Bueno es Jehová para con todos,
Y sus misericordias sobre todas sus obras.

"Te alaben, oh Jehová, todas tus obras,
Y tus santos te bendigan.
La gloria de tu reino digan,
Y hablen de tu poder,
Para hacer saber a los hijos de los hombres sus
poderosos hechos,
Y la gloria de la magnificencia de su reino.
Tu reino es reino de todos los siglos,
Y tu señorío en todas las generaciones.

"Sostiene Jehová a todos los que caen,
Y levanta a todos los oprimidos.
Los ojos de todos esperan en ti,
Y tú les das su comida a su tiempo.
Abres tu mano,
Y colmas de bendición a todo ser viviente.
Justo es Jehová en todos sus caminos,
Y misericordioso en todas sus obras.
Cercano está Jehová a todos los que le invocan,
A todos los que le invocan de veras.
Cumplirá el deseo de los que le temen;
Oirá asimismo el clamor de ellos, y los salvará.
Jehová guarda a todos los que le aman,
Mas destruirá a todos los impíos.
"La alabanza de Jehová proclamará mi boca;
Y todos bendigan su santo nombre eternamente y
para siempre."

Ahora vayamos al Nuevo Testamento. No conozco otra forma mejor de introducir el tema de la adoración en el Nuevo Testamento que leyendo una cita del Espíritu de Profecía:

"Cristo vio que algo debía hacerse. Habían sido impuestas numerosas ceremonias al pueblo, sin la debida instrucción acerca de su significado. Los adoradores ofrecían sus sacrificios sin comprender que prefiguraban al único sacrificio perfecto. Y entre ellos, sin que se le reconociese ni honrase, estaba Aquel al cual simbolizaba todo el ceremonial. Él había dado instrucciones acerca de las ofrendas. Comprendía su valor simbólico, y veía que ahora habían sido pervertidas y mal interpretadas. *El culto espiritual estaba desapareciendo rápidamente.* Ningún vínculo unía a los sacerdotes y gobernantes con su Dios.

La obra de Cristo consistía en establecer un culto completamente diferente" (El Deseado de todas las gentes, pág. 190; el énfasis es nuestro).

El templo en los días de Cristo era el único y gran eslabón que unía el culto de Israel con el pasado. Sus servicios eran una remembranza del tabernáculo y del Templo de Salomón. Jesús comenzó a relacionarse con este centro de adoración desde su niñez y continuó a lo largo de toda su vida. A menudo enseñaba en sus atrios y asistía a los servicios; pagó, incluso, el impuesto del Templo.

Fue precisamente este Templo que Jesús limpió con tanta vehemencia. Declaró enérgicamente que dicha estructura debía ser "la casa de oración", y no un lugar de mercaderes; mas aún, la llamó "casa de mi Padre". Los aprensivos maestros religiosos sintieron que Jesús era una amenaza para ellos y el Templo. Durante su enjuiciamiento, sus enemigos lo acusaron de haber ame-

nazado con destruir el Templo.

La verdadera amenaza para el Templo y su sistema de adoración fue revelada en la conversación que Jesús sostuvo con la mujer Samaritana cuando le dijo: "Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos. Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren" (Juan 4:21-24).

Este era el "culto completamente diferente" al que Elena de White se refiere. Ella posteriormente desarrolla el significado de esta nueva adoración cuando declara:

"Los hombres no se ponen en comunión con el cielo visitando una montaña santa o un templo sagrado. La religión no ha de limitarse a las formas o ceremonias externas. La religión que proviene de Dios es la única que conducirá a Dios. A fin de servirle debidamente, debemos nacer del Espíritu divino. Esto purificará el corazón y renovará la mente, dándonos una nueva capacidad para conocer y amar a Dios. Nos inspirará una obediencia voluntaria a todos sus requerimientos. *Tal es el verdadero culto.* Es el fruto de la obra del Espíritu Santo. Por el Espíritu es formulada toda oración sincera, y una oración tal es aceptable para Dios. Siempre que un alma anhela a Dios, se manifiesta la obra del Espíritu, y Dios se revelará a esa alma. *Él busca adoradores tales.* Espera para recibirlos y hacerlos sus hijos e hijas" (*El Deseado de todas las gentes*, págs. 159,160; el énfasis es nuestro).

Cuando Jesús pendía de la cruz, el velo del Templo se rasgó de arriba abajo. El servicio que prestó había cumplido con su propósito; la realidad había venido. Desde ese momento cada hombre podía acercarse a Dios en forma personal, sin la ministración de un sacerdote intermediario. Esta experiencia no estaría limitada por la geografía, sino que se produciría cada vez que alguien se acercara a Dios "en espíritu y en verdad." Esta extraordinaria declaración tenía grandes implicaciones para la adoración divina. Templos, altares, sacrificios de animales, sacerdotes, vestimentas; "Dios no podía hacer ya más nada para el hombre por medio de ellos. Todo el sistema debía ser desechado" (*El Deseado de todas las gentes*, pág. 27).

Pero no era únicamente el servicio del Templo lo que desagradaba a Jesús. Desde el retorno del exilio, las sinagogas se habían multiplicado. Este era el lugar donde se adoraba durante la semana; era la iglesia de Israel. Se ha dicho que sólo en Jerusalén había más de cuatrocientas sinagogas poco antes de su destrucción en el año 70 d.C.

Jesús asistía a la sinagoga tan frecuentemente como visitaba el Templo. En una de ellas predicó uno de sus primeros sermones; sin embargo no estaba complacido con el culto que vio allí. Su condenación más mordaz la dirigió a la gente que amaba los primeros asientos (Mat. 23). Habló de aquellos que "aman el orar en pie en las sinagogas" (Mat. 6:5) y criticó las "vanas repeticiones".

Los registros históricos de los tiempos de Jesús revelan que en el servicio de la sinagoga se hacían muchas oraciones formales y repetitivas. Los rabinos habían desarrollado estrictas reglas que establecían la forma en que estas oraciones debían ofrecerse. Los servicios en

sábado, por lo mismo, se habían convertido en un ceremonial estereotipado y repetitivo. Para contrarrestar dicha situación Jesús dijo: "Vosotros, pues, oraréis así", y les formuló el Padrenuestro; y hasta el día de hoy muchos seguidores lo usan como una oración formal que repiten una y otra vez de memoria en lugar de usarla como ejemplo o sugerencia de la forma y el contenido de toda oración espontánea. No estamos diciendo con esto que el Padrenuestro no debe repetirse, sino que la oración libre y espontánea cumple el principio que éste ilustra.

Si bien la sinagoga de los días de Jesús fue el modelo en muchos aspectos para la iglesia cristiana posterior, su liturgia no era el patrón que Jesús quería para su iglesia. Él había venido a establecer algo "completamente diferente."

Jesús reconoció, como lo hicieron los profetas del Antiguo Testamento, la importancia de la adoración ética. Enseñó este principio en una forma realmente dramática. Él dijo: "Si traes tu ofrenda al altar [aquí se percibe la imagen del adorador en el mismo acto de culto como se practicaba en el Templo], y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti [aquí el adorador recuerda algún problema en sus relaciones interpersonales], deja allí tu ofrenda delante del altar [no esperes hasta que la ofrenda sea entregada; déjala], y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda" (Mat. 5:23, 24). Esto es parte de la naturaleza "completamente diferente" de la adoración cristiana. Cuando se realiza en una atmósfera de egoísmo, odio o impureza se convierte en vacuidad e inutilidad, los profetas lo habían enseñado siglos antes. Jesús

lo demandó de sus seguidores.

La actitud de Jesús hacia los lavacros ceremoniales también ilustra su concepción de la adoración. A él le preocupaba la vida interior, no las formas externas. "Es la mala acción, la mala palabra, el mal pensamiento, la transgresión de la ley de Dios, y no la negligencia de las ceremonias externas ordenadas por los hombres, lo que contamina a un hombre" (*El Deseado de todas las gentes*, pág. 363).

Al concluir su vida y ministerio, Jesús empleó tres símbolos que han sido y son usados por los cristianos en el culto. Los primeros dos, el pan y el vino, se usan en casi cada rito de comunión cristiana. El tercero, la toalla, lo usan sólo unos pocos. Estos símbolos son elocuentes en su simplicidad. El pan y el vino nos hablan de nutrición y vida; y la toalla, de limpieza. Estos símbolos son tan fundamentales como lo es el símbolo original del tiempo sobre el cual la adoración fue fundada en los albores de la creación.

Verdaderamente, Jesús colocó un nuevo fundamento para la adoración, un patrón que partía del sistema del Antiguo Testamento y que ya había cumplido su propósito. Si bien se asemejaba a la enseñanza de los profetas, su contenido era diferente, porque el Deseado de todas las gentes había venido. Este factor "completamente diferente" fue simbolizado por la Cena del Señor, el recordatorio permanente de la expiación.

¿Qué ocurrió con este nuevo enfoque de la adoración después que Jesús hubo dejado a sus discípulos? La primera reunión celebrada por sus seguidores inmediatos después de su ascensión se caracterizó por la "oración y ruego," y fue constituida por una junta administrativa

para cubrir una vacante. En la segunda reunión fue derramado el Espíritu Santo; luego siguieron el sermón de Pedro, que dio su testimonio sobre el Señor resucitado, y un bautismo masivo. El nuevo compañerismo continuó, según se nos dice, "en el partimiento del pan y en las oraciones" (Hech. 2:42). Los creyentes también adoraban en el Templo y en sus casas, y el culto incluía una buena dosis de alabanza y testimonios personales.

Se predicaron sermones en lugares poco usuales: ante el Sanedrín, antes de un apedreamiento público; en sinagogas, en casas, en carruajes, en cárceles; es decir, dondequiera la necesidad del momento lo demandaba. El énfasis era dar testimonio del Cristo resucitado. Se practicaba la Cena del Señor, algunas veces de manera inapropiada. Había lecturas de la Biblia, cantos, ofrendas, oraciones, expresiones dichas que rayaban casi en el éxtasis, bautismos, y juicios eclesiásticos. Acerca del culto apostólico, Ilion T. Jones dice:

"Dando por sentado que el patrón del culto en la sinagoga se seguía en términos generales, el culto cristiano contenía algo más. No que se le añadiera otra característica formal llamada Cena del Señor al culto de la sinagoga; sino que aquél contaba con un nuevo ingrediente de una calidad y fuerza diferentes. Por falta de un término mejor, llamemos a este nuevo ingrediente 'espontaneidad'. Ello le daba `vida' a la adoración del Nuevo Testamento: la hizo dinámica, entusiasta, íntima, ferviente, y la distinguió de otros tipos de adoración" (*Un enfoque histórico a la adoración evangelica*, pag. 85).

Gaines S. Dobbins, profesor del Seminario Golden Gate, en su libro *La iglesia en el culto*, hace un excelente comentario acerca del culto del Nuevo Testamento y su

significado:

"Los cristianos del primer siglo se congregaban para mantenerse en contacto con la realidad. La vida tenía que seguir su curso, a menudo bajo circunstancias difíciles. El testimonio cristiano debía preservarse a pesar de las tentaciones a evitarlo y el compromiso que su práctica implicaba. El servicio cristiano a otros debía realizarse no obstante la necesidad propia. Las disensiones y herejías dentro de la iglesia debían ser enfrentadas, aunque fuera más fácil ignorar los problemas y las dificultades. La adoración debía llevarse a cabo ineludiblemente y con sencillez, sin apagar el fervor de aquellos cuyo entusiasmo los llevó a un extático 'hablar en lenguas.' El bautismo y la Cena del Señor debían protegerse, no fuera que los sencillos ritos se pervirtieran y convirtieran en salvación por las obras. La salvación por la gracia de Dios en Cristo a través del arrepentimiento y la fe debían preservarse frente a las contiendas desatadas por los judaizantes.

"Cuando la iglesia se congregaba, no era sólo para escuchar un sermón y unirse a los cantos de alabanza; la reunión de los creyentes bautizados era un asunto serio en el que todos los miembros tenían tanto el privilegio como la responsabilidad de participar. La participación era la esencia del culto. Se buscaba la dirección divina y se descubría que la vida de la iglesia podía hacerse relevante en medio de los ajetreos de la vida diaria.

"Los cristianos del primer siglo se congregaban para edificarse mutuamente. Sabido era que ellos necesitaban ser `edificados'. Jesús dijo: `Edificaré mi iglesia', y para hacerlo `recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evange-

lio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo' (Mat. 9:35).

"¿Cómo son edificados los cristianos? Según el método de Jesús, a través de la participación en la enseñanza, la predicación y el sanamiento. Siguiendo su ejemplo, los cristianos deben `recorrer' el mundo llevando adelante esta actividad. Para poder enseñar, ellos primero deben ser enseñados; para predicar, tienen que escuchar a alguien que predica; para sanar, ellos mismos deben ser sanados. ¿Acaso no es éste el corazón del propósito por el cual asistimos a la iglesia? Una congregación con poder está compuesta de miembros que se unen en el espíritu de la adoración para ser de tal manera enseñados e inspirados, y salir a compartir con otros lo que han recibido" (*La iglesia en el culto*, págs. 19, 20).

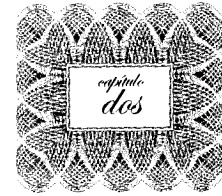
Creo que el Sr. Dobbins toca la esencia de la adoración del Nuevo Testamento. Las referencias a la adoración cristiana de esos días indiscutiblemente dicen que los cultos eran extremadamente variados en su género. Bien podrían haber participado de la naturaleza de una reunión de reavivamiento, de una conferencia evangelística, de un servicio de testimonios, de una reunión de oración, o de una junta misionera. Los asistentes se enfrentaban a dos problemas inmediatos: la supervivencia y el testimonio. No obstante ser una minoría odiada, ellos luchaban por dar a conocer su mensaje en un mundo indiferente y poco amistoso. No iban a la iglesia para ser anestesiados, sino energizados. Reconocían que tenían una misión, y su adoración estaba centrada en Cristo, quien les había impuesto la gran comisión. Dobbins declara: "La adoración en el Nuevo Testamento está inseparablemente ligada al servicio cristiano." Este

era uno de los factores "completamente diferentes" que Jesús introdujo.

No debemos introducir una filosofía de la adoración divorciada de las realidades de la actividad cristiana. Creo que la adoración del Nuevo Testamento -la cual debe ser nuestro modelo- se caracterizaba por la devoción a la difusión del mensaje. No deberíamos buscar una clase de adoración que sea puramente estética. Estoy convencido de que la adoración debe ser ordenada y hermosa, pero también debe tener la belleza funcional de un jet supersónico, en vez de la hermosura de un ferrocarril del siglo diecinueve.

Muchos autores han definido la adoración. Brenner dice: "La adoración es lo que sucede cuando un hombre bueno está totalmente consciente de la presencia y el propósito de Dios." Por su parte, **Jnes** declara: "La adoración... es lo que un hombre pensante hace cuando se aproxima a otro Ser pensante llamado Dios." En un sermón dado en su iglesia en Londres durante el verano de 1965, Juan R. W. Stott definió la adoración como "la respuesta de culto a Dios por parte de los pecadores salvados por la gracia."

Estas definiciones tratan de describir la realidad de la experiencia de la adoración. Poner en pocas palabras la figura bíblica de un hombre que responde al amor y a la gracia de Dios a través de un culto reverente y racional.



SEMINARIO ADVENTISTA
DE CUBA
BIBLIOTECA

reforma

emos examinado los antecedentes bíblicos de la adoración. Hemos evocado la sencilla adoración patriarcal descrita en Génesis en la que el hombre respondía a la presencia inmediata de Dios inclinando su cabeza, construyendo un altar, ofreciendo un sacrificio, plantando un árbol, o levantando un pilar. Posteriormente, en los tiempos de Moisés, vimos el desarrollo de un ritual complejo con su tabernáculo, su sacerdocio, sus ofrendas establecidas, sus fiestas, y su Día de Expiación.

Cuando Israel entró en Canaán, vimos el fragor de una batalla contra la adoración pagana, la cual estaba destinada a durar siglos. La pregunta básica era: ¿Adoraría Israel a un Dios invisible, que insistía en que se obedecieran sus normas éticas, o sería atraído por un

paganismo sensual y glamoroso?

Los ataques a la adoración de Baal no causaron más desastres que el impacto de otra forma de apostasía: la caída en un frío formalismo de la propia adoración israelita. Los profetas lucharon celosamente contra esta tendencia. Insistían en un culto espiritual, no medido por informes estadísticos del número de animales ofrecidos en sacrificio, sino por la justicia, la misericordia, y una vida humilde delante de Dios.

Después del retorno de un largo exilio, que pudo haberse evitado si Israel hubiera aprendido cómo adorar a Dios correctamente, se desarrolló un nuevo tipo de adoración formal conocido como Judaísmo. Éste se autodefinía por su adoración a la ley, teniendo como centro del culto a la recién desarrollada sinagoga. Así estaban las cosas cuando vino Jesús, quien acabaría con la supremacía de la adoración en el templo insistiendo que Dios puede ser adorado en espíritu y en verdad... en cualquier lugar. Cristo fue un valiente crítico de la liturgia de la sinagoga. Estableció la verdadera adoración que comprendía una relación muy cercana entre el hombre y el amoroso Padre celestial, a quien podía acudir directamente cualquiera de sus hijos.

Luego vimos a la iglesia apostólica. Sus miembros adoraban ferviente y significativamente sin los servicios de un edificio, sacerdocio, altares, o coros.

Elementos como la cena conmemorativa, la oración, el testimonio, el canto, la predicación, "la profecía", la mutua motivación, fueron los ingredientes esenciales de la adoración del Nuevo Testamento. El Espíritu Santo era la influencia motriz, y la espontaneidad la característica principal. Siempre ante el adorador se vislumbra

ba la imagen de un Señor resucitado, por quien sabía que tendría que dar su vida. En palabras de Elena de White, el culto que Cristo estableció era "completamente diferente" de lo que había existido antes.

Pero los registros bíblicos de la iglesia apostólica nos llevan sólo a la última mitad del primer siglo. Le sigue un período de medio siglo o más del cual tenemos muy poca información. A este período se lo ha comparado con un túnel por el cual hay que pasar atravesando una montaña. Rodeando la entrada está la abundante vegetación del período apostólico con su celo, originalidad y espontaneidad. En el otro extremo de este túnel vemos un panorama más árido. La fuerza carismática del cristianismo apostólico había cambiado y con los cambios de teología vienen los cambios en la manera de adorar.

De este período de transición sólo quedan fragmentos de información concernientes a las prácticas cúllicas. Está la oración de Clemente, extraída del capítulo 53 de la Primera Epístola de Clemente a los Corintios, que data aproximadamente de finales del primer siglo. Esta oración pudo haber tenido o no significado litúrgico. Está también la carta de Plinio, gobernador romano de Bitinia en Asia menor, dirigida al emperador Trajano alrededor del año 112 d.C. Esta carta fue escrita en un intento de obtener consejo acerca de lo que se debía hacer con la secta cristiana. Plinio describió los cultos de los cristianos sobre la base de declaraciones hechas por esclavos cristianos que habían sido torturados. El dijo:

"Ellos afirman, sin embargo, que toda su culpa, o que todo su error, consistía en el hábito regular de reunirse en cierto día establecido antes del amanecer, y entonces cantaban en estrofas alternadas un himno a Cristo,

como si fuera un Dios, y se comprometían bajo solemne juramento a no practicar ningún acto malo, nunca cometer fraude, robo o adulterio, jamás faltar a su palabra, ni negar su confianza cuando son llamados a darla; después tenían por costumbre separarse, y entonces volvían a reunirse para comer juntos, comida sencilla y espontánea" (*Plinio el Joven, Cartas X*, pág. 96).

Aunque la información obtenida torturando a esclavos no se consideraría una fuente histórica de primera mano, esta carta sugiere que la adoración cristiana era una cita regularmente programada, caracterizada por cantos de alabanza a Cristo y altos ideales éticos, que incluía la celebración de la Cena del Señor.

Años más tarde, apareció un primer manual de la iglesia conocido como la *Didaje*. Éste evidencia de modo relevante la práctica de la adoración cristiana temprana, aunque debemos recordar que pudo haber representado; las prácticas de ciertos cristianos de una determinada área. No sería correcto suponer que las tradiciones cristianas, aun en esta fecha tan temprana, fueran las mismas en todas partes. Se pueden ver en este documento algunas adaptaciones de enseñanzas cristianas verdaderas.

Por ejemplo, en la *Didaje*, capítulo VII, leemos acerca del bautismo:

"1. Con respecto al bautismo, bautizad así: Habiendo primero practicado todas estas cosas, `bautizad en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, en agua que esté corriendo. 2. Pero si no contáis con agua que esté corriendo, bautizad en otra agua, si no podéis en agua fría, entonces en agua tibia. 3. Pero si no teneis ninguna, verted agua tres veces sobre la cabeza `en el

Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.`

Se les pedía a los cristianos que ayunaran los miércoles y viernes, y que repitieran el Padrenuestro tres veces al día. Con respecto a la Santa Cena, en el capítulo IX, se da la siguiente instrucción:

"1. Y acerca de la Eucaristía, mantenedla así: 2. Primero con respecto a la Copa, `Te damos gracias, nuestro Padre, por el Vino Santo de David, tu hijo, el cual nos diste a conocer a través de Jesús, tu Hijo; a él sea la gloria para siempre'. 3. Y con respecto al Pan partido: `Te damos gracias, nuestro Padre, por la vida y el conocimiento que nos diste a través de Jesús, tu Hijo. A él sea la gloria para siempre. 4. Así como este pan partido fue esparcido por las montañas, pero se juntó y volvió uno, así tu Iglesia sea reunida de los términos de la tierra y conducida a tu reino, porque tuya es la gloria y el poder a través de Jesucristo para siempre'. 5. Pero no permitáis que ninguno coma o beba de vuestra Eucaristía excepto, aquellos que han sido bautizados en el Nombre del Señor".

Tales oraciones y fórmulas, practicadas todavía durante medio siglo del período apostólico, tienen un tenor que difiere con el del Nuevo Testamento. Podemos ver que a los dirigentes de la iglesia cristiana, con estas palabras, se les estaba diciendo lo que deberían decir y cómo orar.

Muchas veces hemos leído la primera descripción clara de la adoración en domingo según la relató Justino Mártir. Al leerla nuestra preocupación siempre ha sido la del día de adoración; pero este párrafo es muy iluminador en cuanto a la forma de la adoración a mediados del siglo segundo. Él dice:

"Y en el día llamado Domingo, todos los que viven en ciudades o en el campo se reúnen en un lugar, y se leen las memorias de los apóstoles o los escritos de los profetas, tanto como el tiempo lo permita; entonces, cuando el lector ha terminado, el oficiante instruye verbalmente, y exhorta a la imitación de estas buenas prácticas. Luego todos nos levantamos y oramos y, como dijimos anteriormente, cuando termina nuestra oración, se traen pan, vino y agua, y el oficiante, de la misma manera, ofrece oraciones y acciones de gracias, de acuerdo con su capacidad, y el pueblo asiente diciendo ¡Amén!; y se procede a distribuir a cada uno, y participamos de lo que se dio gracias, y para aquellos que están ausentes se les envía una porción con los diáconos" (*Los padres antenicanos*, tomo 1, pág. 186).

Cuando uno estudia cuidadosamente los pormenores concernientes a la adoración cristiana del segundo siglo, uno queda impresionado de cuán fragmentaria es. No se puede reconstruir una liturgia sobre la base de sólo unos cuantos documentos. Parece evidente, sin embargo, que el mismo proceso gradual que venía gestando un cambio en el día de adoración también estaba modificando la forma de la adoración. Este proceso será más claro cuando fijemos nuestra atención en los siglos tercero y cuarto.

Durante estos siglos tempranos, la cristiandad en el Imperio Romano competía constantemente con muchas religiones y filosofías imperantes. Dicha época se caracterizaba por la existencia de religiones místicas, del gnosticismo, de la adoración al emperador, del judaísmo de la Diáspora, y de varios otros cultos. El cristianismo se vio influenciado por esta ola de filosofías competi-

vas, no sólo teológicamente sino también en su forma de adorar. El desarrollo natural del cristianismo también modificó las prácticas de la adoración. El cese de la persecución posibilitó el culto público. El crecimiento en número y riquezas dio lugar a la construcción de templos. Pero la cultura contemporánea ejercía una mayor influencia sobre el culto cristiano.

Como veremos posteriormente, muchos protestantes modernos miran al tercero y cuarto siglos para encontrar sus modelos de adoración. Se hacen esfuerzos por "interpretar" estos modelos como si fueran de los tiempos apostólicos. La intención de construir una filosofía de la adoración en base a patrones de los siglos tercero y cuarto e imprimirle el sello apostólico, equivale casi a justificar la adoración en domingo porque fue practicada durante dicho período, para luego "interpretarla" como si procediera de las fuentes bíblicas.

Del siglo cuarto en adelante, los historiadores de la adoración cristiana notan la aparición de varios ritos. La primera liturgia completa que encontramos es la Liturgia Clementina de la Iglesia Oriental, fechada alrededor del año 380 d.C. Cerca del siglo sexto se desarrolló el Rito Romano, sobre el cual se construyó la misa católica medieval. Si observamos la amplitud de las prácticas cristianas de adoración de los siglos tempranos hasta la Reforma Protestante, podemos ver desarrollos específicos que son extremadamente significativos:

1. *El Arreglo del Lugar de Adoración.* Se piensa que las iglesias cristianas tempranas fueron construidas según el patrón de las basílicas romanas -atrio y corredor de mercado- que eran de forma rectangular con una extensión al final. El oficiante que presidía la ceremonia se senta-

ba sobre la plataforma de extensión semicircular, que tenía asientos y un púlpito. Enfrente de él, posiblemente en una plataforma más baja, estaba la mesa de la comunión. "Uno de los hechos más contundentes en toda la historia de la adoración es que los primeros ministros cristianos se sentaban detrás de la mesa, que inequívocamente era tal, no un altar, pero que no era tratada como si lo fuera." (*Un enfoque histórico a la adoración evangélica*, pág. 104). Ese era el simbolismo: el ministro y el pueblo rodeando la mesa del Señor como iguales.

Pero se produjo el cambio. De alguna manera -no estamos seguros cómo- la mesa fue recluida hasta la pared posterior y se convirtió así en un altar. El asiento del ministro fue movido a un lado entre el altar y el pueblo, y el que dirigía el culto oficiaba dando la espalda al pueblo, mirando hacia el altar. El simbolismo cambió. En adelante, en lugar de un servicio de comunión con el ministro y el pueblo rodeando la mesa del Señor como iguales, ahora dicha celebración se convirtió en "un acto sacerdotal, en el que el ministro da su espalda a la congregación y se dirige hacia un altar como su intermediario, para hacer por ellos lo que ellos no tienen el privilegio de hacer" (*Ibid.*). Esta transformación de la mesa de la comunión en un altar y del ministro en un sacerdote, fue uno de los cambios más notables durante los primeros siglos del cristianismo.

2. *Cambios en la liturgia.* Ciertos factores eran comunes en las diferentes liturgias del siglo cuarto hasta la Reforma. Todas se dividían en dos partes: la Liturgia de la Palabra y la Liturgia del Aposento Alto. La Liturgia de la Palabra comprendía la lectura de la Escritura, oraciones, cantos, predicación (a veces), confesión de fe, entrega de limos-

nas, y cierta clase de participación congregacional. La Liturgia del Aposento Alto consistía en traer los emblemas, acción de gracias, recitación del credo, oración de consagración, partición y entrega de los emblemas. La comunión estaba fundamentada en el tenor teológico de la transubstanciación, creencia en la que el sacerdote realizaba el milagro de transformar los emblemas en el cuerpo y la sangre de Cristo. La misma hizo del servicio de la comunión un misterio en vez de un memorial.

La tendencia general del desarrollo litúrgico fue ir de lo simple a lo complejo. La frecuencia y extensión de las lecturas bíblicas aumentó. Las oraciones aumentaron en número y duración, convirtiéndose en algo más elaborado. Muchos empezaron a amar la forma. Nuevos elementos eran constantemente añadidos a la liturgia. Se estima que algunos servicios duraban hasta tres horas.

3. *Cambios en el concepto básico de la adoración.* El cambio más radical ocurrido durante estos siglos fue la transformación de la Cena del Señor de la iglesia primitiva en la Misa Romana. El significado inicial de este servicio era la comunión, la dedicación, el monumento. Gradualmente se transformó en una función del sacerdocio, con la cena ahora concebida como un sacrificio objetivo hecho por el sacerdote en favor del pueblo. Ya para el siglo octavo la transubstanciación se había convertido en una parte de la doctrina oficial de la Iglesia. Este cambio fue la modificación más fundamental en la adoración medieval. Muchas de las variaciones en la forma se efectuaron incidentalmente; ésta fue básica. Pronto el servicio de adoración se convirtió en un espectáculo, con los adoradores como espectadores en lugar de participantes.

4. *Cambios en el sacerdocio.* Durante los primeros siglos del cristianismo se hicieron grandes esfuerzos por conservar el ministerio en el mismo nivel que el laicado. Esto también cambió. Después de los primeros cuatrocientos o quinientos años los clérigos comenzaron a vestir sotanas o batas. No se observó uniformidad en este proceso. En algunos casos el atuendo **ministerial se usaba por razones de conveniencia.** Después de un **concenso, sin embargo,** estas vestimentas adquirieron significados místicos y simbólicos. El asunto básico relativo al uso de las sotanas fue la demarcación distintiva entre el laicado y el clero, distinción que era extraña a las enseñanzas cristianas tempranas.

Una de las mayores causas de la Reforma Protestante fue la insatisfacción con la adoración católica. En vista de ella, la Reforma fue tanto una revolución de la adoración como de la teología. Fue un asunto inevitable, puesto que la adoración es un reflejo de la teología. Donal Macleod, en un artículo publicado en *El capellán*, de abril de 1961, dice al respecto:

"En el centro de la adoración de toda rama de la Iglesia Cristiana hay un énfasis teológico básico que le da forma y razón de ser al acto. En las principales tradiciones este énfasis aparece como sigue: En la Iglesia Oriental Ortodoxa es la encarnación, seguida de todo el subsecuente drama de la revelación en la vida, muerte y resurrección de Jesucristo. En la Iglesia Católica Romana es la muerte de Cristo en el Calvario; y, supuestamente, en la misa la perpetua repetición de ese supremo sacrificio tiene lugar. En las Iglesias Reformadas es la proclamación de la voluntad de Dios a través de la predicación de la Palabra y la celebración de **los sacra-**

menos dentro del cuerpo o comunidad de los cuales Cristo es la cabeza. Este énfasis central teológico en cada caso autentica la práctica y le da forma a la liturgia empleada."

Los Reformadores Protestantes no siguieron exactamente patrones paralelos en su forma de adorar. Lutero favoreció el apego a las antiguas formas, a menos que éstas parecieran obviamente equivocadas. Aceptó **las sotanas, los cirios, los altares, los mausoleos y las** imágenes. Estuvo de acuerdo con la posición de la basílica al conducir la Cena del Señor, y él mismo ofició dando la espalda a la congregación. La gran contribución de Lutero fue la interpretación de himnos. Repudió la doctrina romana de la transustanciación, aunque aceptaba otro concepto en cierto grado similar que vino a ser conocido como consustanciación. Reforzó la importancia de la predicación. Su orden de culto, publicado en 1526, era muy simple; consistía en himnos, lecturas de la Biblia, recitación del Credo de los Apóstoles, el sermón, y una celebración muy sencilla de la Cena del Señor.

Zwinglio se apartó un poco más de los patrones tradicionales. Veía el servicio de comunión más como un memorial, por lo tanto favoreció la práctica poco frecuente de este tipo de servicios, y eliminó la música instrumental y el canto congregacional.

Fue en Estrasburgo, bajo Martin Bucer, que se produjeron cambios más radicales. El término "Cena del Señor" fue reemplazado por "misa"; y "ministro", por "sacerdote." El culto era dirigido de atrás de la mesa. Los días de los santos fueron abolidos. Se descartaron las sotanas. Los servicios frecuentemente se llevaban a cabo sin el rito de la Comunión.

Calvino fue influenciado por lo que se hacía en Estrasburgo. Su Rito de Génova de 1542 colocó un patrón que fue seguido en general durante muchos años por Bautistas, Congregacionalistas, Metodistas, Discípulos y Presbiterianos a través del mundo anglosajón.

La historia de la adoración en tiempos de la Reforma no estaría completa si no mencionáramos a Inglaterra. Como todos sabemos, la Reforma Inglesa fue más política que teológica. Las prácticas del culto no fueron grandemente alteradas. Esta situación rebeló a los Puritanos, que fueron más allá de los Reformadores continentales en su demanda de cambios. Los Puritanos se opusieron a las sotanas, a las ceremonias y a las fórmulas litúrgicas. Ellos apoyaron la predicación y la oración espontánea. Querían eliminar toda frase no bíblica en la conducción de la Cena del Señor. Su influencia se dejó sentir fuertemente, y enmarcó la adoración de grupos inconformistas posteriores.

A fin de poner de relieve los logros de la Reforma en materia de culto, parafrasearé y resumiré una porción del capítulo de Jones de los siglos dieciséis y diecisiete. Él enumera los siguientes logros de los reformadores:

1. Abolieron el sacerdocio.
2. Sustituyeron la palabra "sacerdote" por "ministro."
3. Eliminaron la confesión, la absolución, las indulgencias, las penitencias al oficiar un sacrificio.
4. Restituyeron la lengua vernácula a los servicios.
5. Dieron énfasis a la participación congrega-

cional, concretamente en la forma de cantar los himnos.

6. En general eliminaron las sotanas.
7. Prohibieron las oraciones por los santos.
8. La mayoría de ellos abandonaron el año cristiano.
9. Reavivaron la oración espontánea.
10. Abreviaron el servicio.
11. Introdujeron el púlpito central, con la mesa de la Comunión frente al púlpito.
Convirtieron los altares en mesas, y celebraron la Cena del Señor detrás de ellas.
Cambiaron el concepto de la Cena del Señor.

Este fue un logro sobresaliente. En pocos años las tradiciones de todo un milenio cambiaron completamente. ¿Qué motivó tan poderosamente el cambio de tradiciones tan profundamente arraigadas en tan breve tiempo? El éxito de los reformadores, creo, se debió al hecho de que intentaron sinceramente restaurar el patrón de adoración del Nuevo Testamento. El mismo candor, espontaneidad y libertad espiritual que dio poder a la iglesia del Nuevo Testamento se sintió, en cierto grado, en las Iglesias Reformadas. Esta nueva vida no fue posible experimentar sino hasta que las murallas de las formas excesivas, los rituales y la liturgia fueron quitados.

Uno de los movimientos religiosos que ayudó a preservar la adoración propuesta por la Reforma en los tiempos modernos fue el reavivamiento Wesleyano en Inglaterra, que posteriormente se difundió por toda Norteamérica. La característica especial de este movimiento era su candorosa espontaneidad. Estaremos en

deuda para siempre con los primeros Metodistas, especialmente por su música. Al respecto, Evelyn Underhill dice:

"En aquellos primeros himnos metodistas que esparcieron por toda Inglaterra los tesoros olvidados de la espiritualidad cristiana, expresados en lenguaje que hasta el más simple adorador podía entender, encontramos reminiscencias de todos los maestros del culto y de la adoración... Todo estaba compenetrado de su apasionada delicia en Dios, el abandono a su voluntad y propósito, el sentido de una relación directa y fortificadora con el Cristo vivo. En los más excelsos de estos himnos, especialmente los de Carlos Wesley, podemos reconocer el fervor y el realismo que envolvió al país para reencender la languideciente vida devocional. Ellos constituyen la verdadera liturgia del Metodismo" (*Adoración*, págs. 305,306).

La reforma de la adoración alcanzó su madurez en los Estados Unidos de Norteamérica. El espíritu de libertad, la influencia del Puritanismo y del reavivamiento evangélico, la diversidad religiosa de las colonias norteamericanas, crearon una atmósfera que animó la espontaneidad característica del Nuevo Testamento y de la adoración reformada. Una desconfianza anticipada en el catolicismo y la Iglesia de Inglaterra tendieron a colocar a la adoración altamente litúrgica fuera de los parámetros normales de la vida estadounidense. La frontera norteamericana también animó la informalidad en la adoración. Albert Barnes, comentarista bíblico, describe la adoración evangélica en Norteamérica como sigue:

"Nosotros [los evangélicos] consideramos el espíritu prevaleciente del episcopado, en todos los aspectos,

altos y bajos, como incompatible con el espíritu de la época y de esta tierra. Esta es una época de libertad, y el hombre será libre. La religión de las formas es la sabiduría estereotipada o necedad del pasado, y no se adapta a los movimientos libres, los enfoques amplios, la diversidad de esta época... Hay un espíritu en esta tierra que requiere que el evangelio dependa para su éxito no de solemnes procesiones y ritos imponentes; no de la idea de santidad superior en el sacerdocio en virtud de su oficio; no de postraciones y lavacros; no de ninguna virtud comunicada por la imposición de las sagradas manos, y no de la unión con ninguna iglesia en particular, sino en las solemnes apelaciones a la razón, la conciencia, las esperanzas inmortales y el temor de los hombres, asistidos por las santas influencias del Espíritu de Dios" (R. Niebur y D. Williams, editores, *El ministerio en perspectivas históricas*, pág. 223).

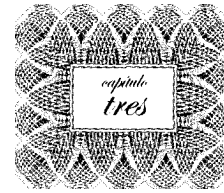
Esta era la "fe de nuestros padres" al principio del siglo diecinueve en Norteamérica. Cuando la religión resurgió de la depresión que siguió a la Revolución Norteamericana, cuando el "Segundo Reavivamiento" hizo extender las iglesias de la costa del Atlántico hasta la frontera, este tipo de religión evangélica, informal y espontánea, prosperó.

Se construyeron santuarios con un púlpito central, y la mesa de la comunión estaba en el piso, a nivel de la congregación. La Cena del Señor era un memorial, que se celebraba mensual o trimestralmente. Los ornamentos, como las velas y los símbolos, se usaron mesuradamente, si no se eliminaron por completo. Ministros y laicos estaban en el mismo nivel, y los ministros generalmente no usaban vestimentas distintivas. El orden del

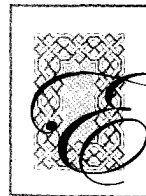
Y Adoradle

culto era sencillo, con énfasis en el sermón. El orden del servicio no respondía a un patrón determinado. La adoración era estrictamente evangélica.

En esta atmósfera religiosa surgió el Adventismo del Séptimo Día. Esta es nuestra tradición religiosa. Pero hoy sostenemos esta tradición en un mundo enormemente diferente. El protestantismo ha cambiado. Los templos han cambiado. Los servicios en la iglesia han cambiado. El siglo pasado marcó una revolución en la adoración occidental con implicaciones más trascendentales. ¿Qué consecuencias ha traído este cambio? ¿Qué significa esto para nosotros? Sigamos leyendo.



La "renovación de la liturgia" y el adventismo



En nuestro análisis de la adoración cristiana a través de la historia vimos moverse el péndulo de la espontaneidad del culto de la iglesia temprana al formalismo del culto medieval, y de vuelta a la espontaneidad del culto durante la Reforma. Ahora veremos cómo ese péndulo vuelve al marco del formalismo.

En la revista *Time* del 22 de diciembre de 1961, apareció un artículo titulado "Renacimiento Litúrgico", en el que se describía en parte el mismo fenómeno que queremos incluir en el título de nuestro capítulo: "Renovación de la liturgia." Otro nombre dado a este movimiento es Reavivamiento Litúrgico. Con uno de estos nombres describiremos una tendencia del siglo diecinueve hacia una liturgia más elaborada en la adoración protestante.

El artículo de la revista *Time* comienza describiendo un servicio navideño realizado en la Iglesia Luterana de San Marcos, en Chicago. Este comprendía "cuatro eucaristías corales, en las que todas las oraciones y las respuestas se entonarían en forma simple." El pastor iría vestido "por completo con ropas eucarísticas: túnica, estola, manto, todo de blanco." "Velas, así como una cruz, se cargarán en las procesiones que den principio y fin a los servicios." Esta misma Iglesia Luterana, dice el artículo, "ha instituido la oración matutina diaria, el servicio de la comunión en domingos y días de los santos, una vigilia en la Pascua; se atienden confesiones privadas de cualquier parroquiano que las necesite."

Y para que el lector no vaya a pensar que esta iglesia Luterana era la excepción, el artículo sigue diciendo:

"En todo el país, entre Metodistas, Episcopales, Presbiterianos y Luteranos, se está efectuando una reforma radical tanto de la forma como del contenido de los servicios religiosos. Es un reavivamiento litúrgico semejante al del cristianismo primitivo con énfasis en el servicio de la comunión como el sacramento central de la adoración y, al mismo tiempo, inmensamente sofisticado al darle nuevamente la bienvenida a la riqueza tradicional de la iglesia."

El artículo recuerda cómo "la Reforma Protestante enfatizaba la predicación de la Palabra de Dios a través de sermones a expensas de la adoración sacramental." "En la arquitectura de la iglesia, el púlpito reemplazó al altar como el centro del interés de la congregación. Pero el protestantismo estadounidense, desde la Segunda Guerra Mundial, se ha apartado marcadamente de esta clase de individualismo religioso." Las características de

este así llamado "Renacimiento" se enumeran más detalladamente a continuación:

Primero, el servicio de comunión reemplaza al sermón como el asunto central en el orden del culto. Segundo, el calendario eclesiástico es restaurado. Tercero, un creciente porcentaje de clérigos vuelve a vestir sotanas. Cuarto, se mueve el púlpito "de una posición central a un lado, colocando el nuevo énfasis en la mesa de la comunión."

De esta manera vemos cómo los logros de la Reforma Protestante son anulados uno tras otro. Al describir esta tendencia, el Dr. Robert S. Michaelsen, decano de la Facultad de Religión de la Universidad de Iowa, dice:

"Un examen de tales factores como la arquitectura del templo, la organización del servicio, el currículo de los seminarios y los libros leídos por el ministro, evidenciarían algunos de los cambios que están teniendo lugar en la concepción y práctica del ministerio protestante en este siglo. Muy pocas iglesias están construyendo auditorios gigantescos con púlpitos en el centro de la plataforma. De la misma manera, la plataforma muy probablemente se divida con el púlpito a un lado, el pedestal para las lecturas al otro lado, y el altar en el centro. Los sermones son más cortos de lo que eran una o dos generaciones atrás. La mayor parte del servicio consiste en oraciones, confesiones, lecturas antifonales, lecturas de la Biblia, y el canto" (*El ministerio en perspectiva histórica*, pág. 285).

Jones cierra su capítulo referente al reavivamiento litúrgico, haciendo alusión al hecho de que hubo un lapso de aproximadamente 350 años desde los días de Jesús hasta el momento cuando la iglesia se apartó radi-

calmente "de la adoración simple, espiritual y evangélica que originalmente estilaba." Luego agrega que transcurrieron cerca de 350 años desde el tiempo en que la Reforma Protestante alcanzó su clímax hasta el inicio de las reformas litúrgicas aquí descritas. Entonces pregunta: "¿Acaso se repite la historia?... ¿Debiera la adoración litúrgica reemplazar nuevamente a la adoración evangélica?"

¿Por qué las iglesias protestantes de hoy se han separado de las formas de adoración de la Reforma y han regresado a las formas antiguas? La respuesta es compleja, pero con esfuerzo pueden descubrirse algunas razones.

Parte de la explicación yace en el reino de la psicología. Massey Sheperd, el más prolífico de los escritores que impulsan la renovación litúrgica, toma la posición de que la devoción libre y espontánea es para "atletas espirituales que pueden mantenerse en esa condición, por así decirlo, dado el intenso cultivo de la vida interior de oración" (El *capellán*, abril de 1961). "Sin embargo", continúa, "sabemos que mantener tal adoración libre en un nivel de excelencia, por extensos períodos de tiempo, demanda un genio casi sobrehumano de liderazgo espiritual. De hecho, no se puede llevar a cabo excepto entre los grupos más sobresalientes y disciplinados."

En otras palabras, la adoración altamente litúrgica demanda una menor estatura espiritual de parte del adorador que la adoración evangélica. Los proponentes de la liturgia apelan al lado sensual del hombre. El culto evangélico es más maduro y espiritual. Es, como Jones lo define, "lo que un hombre pensante hace cuando se aproxima a otro Ser pensante llamado Dios." Su inten-

ción es cambiar la mente de la gente a través del proceso de la persuasión.

Uno de los principios básicos del protestantismo es el sacerdocio de los creyentes. Esto significa que un hombre puede acercarse a Dios directamente y sin mediación. Esto es en sí mismo un reto para la mente del hombre. El ser humano es un ente responsable. Cuando adora no sólo disfruta del aura de sensaciones inducidas psicológicamente, se aproxima más bien a Dios como un ser pensante. ¿Debiera reemplazarse este concepto por la idea de la liturgia como una muleta para el ministro? ¿Debiera usar el ministro oraciones preelaboradas? ¿Debiera prescribirse el servicio, requiriendo poca originalidad de parte del ministro? En respuesta al argumento de que la adoración evangélica espera mucho del ministro, Jones dice:

"Y también debemos decir francamente que no hay razón para confiar la predicación, el cuidado pastoral, y otras formas de liderazgo a ministros protestantes a quienes no se les puede confiar la adoración... Si los ministros protestantes no están calificados para serlo en todo el sentido de la palabra, o no están dispuestos a calificarse ellos mismos a través de una preparación y disciplina correctas, el protestantismo bien podría abandonarse para aceptar otra forma de religión más fácil y menos exigente."

De manera que hay razones psicológicas para el reavivamiento litúrgico. El antiguo individualismo calvinista y puritano han llegado a ser ásperos para el espíritu de muchas personas. Las sotanas, los altares con joyas, el incienso, la música mística, apela a los sentidos y requiere menos participación personal, intelectual y espiritual.

La adoración restaurada de los tiempos medievales tiene una calidad estética respetada por una larga tradición. Puede alcanzar a todas las clases sociales en un nivel emocional común con poco estímulo intelectual o exigencia ética. La realización de su misa es ampulosa porque requiere menos participación del adorador. Si bien, los norteamericanos se han ablandado, adoptaron una forma de adorar menos exigente. Los liturgistas tienen a la cultura de su lado porque se están adaptando al clima de la época.

La adoración litúrgica, como hemos notado, también demanda menos del ministro. Sheperd admite que "el ministro es aliviado de llevar toda la carga de hacer el servicio `significativo.' De hecho, los talentos del ministro, su personalidad, y habilidad para 'hacerla' llegaron a ser secundarios."

De modo que las cartas se acumularon a favor del reavivamiento litúrgico, psicológicamente hablando. Congregaciones y pastores por igual saben que la adoración altamente litúrgica es menos exigente, más estéticamente atractiva, más a tono con la cultura de una sociedad más rica. Elena de White comenta sobre este factor psicológico:

"Muchos protestantes suponen que la religión católica no es atractiva y que su culto es una serie de ceremonias áridas y sin significado. Pero están equivocados. Si bien el romanismo se basa en el engaño, no es una impostura grosera ni desprovista de arte. El culto de la iglesia romana es un ceremonial que impresiona profundamente. Lo brillante de sus ostentaciones y la solemnidad de sus ritos fascinan los sentidos del pueblo y acallan la voz de la razón y de la conciencia. Todo encanta a

la vista. Sus soberbias iglesias, sus procesiones imponentes, sus altares de oro, sus relicarios de joyas, sus pinturas escogidas, y sus exquisitas esculturas, todo apela al amor a la belleza. Al oído también se le cautiva. Su música no tiene igual. Los graves acordes del órgano poderoso, unidos a la melodía de numerosas voces que resuenan y repercuten por entre las elevadas naves y columnas de sus grandes catedrales, no pueden dejar de producir en los espíritus impresiones de respeto y reverencia.

"Este esplendor, esta pompa y estas ceremonias exteriores, que no sirven más que para dejar burlados los anhelos de las almas enfermas de pecado, son clara evidencia de la corrupción interior. La religión de Cristo no necesita de tales atractivos para hacerse recomendable. Bajo los rayos de luz que emite la cruz, el verdadero cristianismo se muestra tan puro y tan hermoso que ninguna decoración exterior puede realzar su verdadero valor. Es la hermosura de la santidad, o sea un espíritu manso y apacible, lo que tiene valor delante de Dios.

"La brillantez del estilo no es necesariamente indicio de pensamientos puros y elevados. Encuentranse a menudo conceptos del arte y refinamientos del gusto en espíritus carnales y sensuales. Satanás puede valerse a menudo de ellos para hacer olvidar a los hombres las necesidades del alma, para hacerles perder de vista la vida futura e inmortal, para alejarlos de su Salvador infinito e inducirlos a vivir para este mundo solamente.

"Una religión de ceremonias exteriores es propia para atraer al corazón irregenerado. La pompa y el ceremonial del culto católico ejercen un poder seductor, fascinador, que engaña a muchas personas, las cuales llegan

a considerar a la iglesia romana como la verdadera puerta del cielo. Sólo pueden resistir su influencia los que pisan con pie firme el fundamento de la verdad y cuyos corazones han sido regenerados por el Espíritu de Dios. Millares de personas que no conocen por experiencia a Cristo, serán llevadas a aceptar las formas de una piedad sin poder. Semejante religión es, precisamente, lo que las multitudes desean" (*El conflicto de los siglos*, págs. 622, 623).

Esta evaluación es igualmente aplicable al culto protestante siempre y cuando éste se aparte de su originalidad y se vuelva semejante al culto católico.

El factor psicológico no es la única causa de la existencia del reavivamiento litúrgico. Otra influencia igualmente potente se encuentra en el cambio teológico. La adoración refleja la teología de los adoradores. Cuando la Reforma Protestante se declaró a favor de los tres grandes principios: la salvación por la fe solamente, el sacerdocio de todos los creyentes, y la Biblia como regla de fe y conducta, determinaron, en cierto sentido, su estilo de adoración. No podía erigirse ningún sacerdocio en una Comunión que creyera en el sacerdocio de todos los creyentes. Por lo tanto, no habría adoración sacerdotal, sacrificial, templista.

Cuando la Biblia se convirtió en la regla de la teología, también lo fue la de la adoración. Los patrones apostólicos eran considerablemente diferentes de aquellos dados en los siglos tercero y cuarto. Este tipo de adoración desafiaba la responsabilidad personal del hombre e impartía calidad intelectual a su relación con Dios. Tendía a reducir la liturgia a lo mínimo y a aumentar la importancia de la palabra hablada. Esta clase de teología

alcanzó su total desarrollo en la atmósfera de libertad de los Estados Unidos de Norteamérica a comienzos del siglo diecinueve.

Pero los cambios teológicos estaban a la puerta. Los teólogos alemanes empezaron a levantar dudas acerca de la Biblia. Lo sobrenatural estaba siendo amenazado. Los principios básicos del cristianismo de la Reforma, como la encarnación de Cristo, los milagros, la expiación y la resurrección corporal de Cristo fueron cuestionados. Un liberalismo escandaloso pugnaba por su oportunidad; ello dio cabida mayormente a una forma un tanto velada de liberalismo llamada a veces neortodoxia.

Pero independientemente de bajo qué estandarte se cobije el cristianismo moderno, éste ha perdido su evangelicalismo, ha sacrificado su naturaleza sobrenatural, ha reducido a Cristo de ser Dios a un hombre carnal lleno del Espíritu, ha hecho de la Biblia meramente la historia del esfuerzo del humano por encontrar a Dios, y ha quitado de la realidad la vida futura.

Estos gravísimos cambios en la teología -y de ello estoy firmemente convencido-, son en parte responsables del reavivamiento litúrgico. Paul Tillich hace esta declaración:

"Pero la fe no puede permanecer viva sin expresiones de fe y la participación personal en ellas. Este discernimiento ha llevado al Protestantismo a una nueva evaluación del culto y el sacramento en nuestros días. Sin la existencia de símbolos en los cuales lo santo se experimenta como algo presente, esa experiencia se extingue" (*Dinámica de la fe*, pág. 121).

Tillich y aquellos que están de acuerdo con él reducen la creación, los milagros, la resurrección -todo lo que

ofende a la mente moderna- a un mito. El adorador que mantiene el punto de vista de Tillich ya no puede considerar más al Sábado como el memorial de una creación real; ya no puede adorar más a un Cristo que murió por sus pecados y que intercede por él en el cielo; ya no puede adorar más a un Cristo que resucitó de la tumba un domingo por la mañana; ya no puede adorar más a un "Dios vivo", en el sentido que la Biblia describe a Dios.

¿Qué debe hacer entonces el cristiano? Debe tener símbolos para representar lo santo, porque lo santo no tiene objetividad en si mismo. El culto y el sacramento en consecuencia, se hacen esenciales para una iglesia que ha sido despojada de lo mucho que antes poseyó. El cristiano evangélico sólo puede adorar a un Dios que crea y sostiene; puede adorar a un Cristo encarnado, resucitado, eterno y próximo a venir. Sólo serán necesarios los símbolos básicos de comunicación para involucrarse en semejante adoración, puesto que está adorando realidades objetivas y no conceptos filosóficos subjetivos. Cuando la resurrección de Cristo se convierte en una mera noción de la iglesia cristiana primitiva, no hay Cristo resucitado a quien adorar. Cuando la creación se vuelve un mito, no hay Creador a quien adorar.

Otra motivación para el reavivamiento litúrgico ha sido el movimiento ecuménico. En años recientes, los servicios de las iglesias protestantes se han ido aproximando lentamente hacia la uniformidad. El protestante promedio puede sentirse como en casa en el servicio de la mayoría de las denominaciones. Esta tendencia tampoco se ha limitado al protestantismo. Roma ha experimentado una renovación en su liturgia. El último

Concilio Vaticano trató estos asuntos al grado de autorizar el desarrollo de una liturgia en el lenguaje vernáculo. Vemos, entonces, cómo el Catolicismo y el Protestantismo se acercan más y más en asuntos de liturgia. Shepherd dice:

"Existe un acuerdo entre los eruditos tanto de las tradiciones católicas romanas como de las protestantes acerca del significado de la adoración cristiana que puede atribuirse sólo a la obra milagrosa del Espíritu Santo. Las reformas litúrgicas que están teniendo lugar en estos momentos en la Iglesia Católica Romana son más extensas y abarcales que cualquier otra cosa vista en mil años o más... Las iglesias protestantes que hasta aquí habían rechazado o perdido el interés en las prácticas litúrgicas están explorando y experimentando cada vez más" (El capellán, abril, 1961).

Hasta aquí hemos analizado algunas de las tendencias de nuestros días, y hemos visto que los años recientes se han caracterizado por cambios radicales en el culto protestante y ciertas modificaciones en el culto católico romano. ¿Qué significa para nosotros los adventistas esta tendencia?

Es cierto que no hemos sido fuertemente influenciados por el reavivamiento litúrgico. Pero en casos esporádicos, sin duda, hemos permitido que algunas consideraciones estéticas nos muevan a hacer cosas que no armonizan con nuestra teología adventista. Estas desviaciones ocasionales, estoy seguro, fueron bien intencionadas y han sido el resultado más bien de falta de entendimiento que de motivos dudosos. Nuestros problemas básicos de culto no se remontan a una aceptación de la renovación litúrgica.

No quiero dar a entender con esto que podemos sentirnos satisfechos con las normas de culto actuales de nuestras iglesias. Estamos conscientes de que tenemos clamorosas necesidades de mejorar, pero este mejoramiento no debe buscarse en las corrientes de los reformadores de la liturgia. Necesitamos mirar en una dirección totalmente diferente. Necesitamos recordar que la adoración puede ser espontánea, llena del Espíritu, protestante, simple, bíblica, y aún ser bella, ordenada y reverente.

Especialmente hace falta recordar esta gran verdad en estos días de renovación litúrgica, porque por encima de cualquier deficiencia que tenga la adoración cristiana moderna, aún es bella, ordenada y reverente. En muchos casos las personas a las que intentamos alcanzar con nuestros servicios evangelísticos están acostumbradas a planear cuidadosamente los servicios de adoración, aunque ellos no sean evangélicos. Si descuidamos la belleza, el orden y la reverencia en un intento por evitar el formalismo y el sacerdotalismo, perderemos una parte vital de la adoración cristiana. Necesitamos un reavivamiento litúrgico, pero no del tipo que practica el mundo cristiano circundante.

¿Por qué digo que ciertas reformas vendrían bien a nuestras iglesias? Respaldo mi convicción citando a Elena de White:

"Para el alma humilde y creyente, la casa de Dios en la tierra es la puerta del cielo. El canto de alabanza, la oración, las palabras pronunciadas por los representantes de Cristo, son los agentes designados por Dios para preparar un pueblo para la iglesia celestial, para aquel culto más sublime, en el que no podrá entrar nada que

corrompa...

"Ha habido un gran cambio, y no en el mejor sentido, sino en el peor, en los hábitos y costumbres de la gente con referencia al culto religioso. Las cosas preciosas y sagradas que nos relacionan con Dios, están perdiendo rápidamente su influencia, y son rebajadas al nivel de las cosas comunes. La reverencia que el pueblo tenía antiguamente por el santuario donde se encontraba con Dios en servicio sagrado, ha desaparecido mayormente. Sin embargo, Dios mismo dio el orden del servicio, ensalzándolo muy por encima de todo lo que tuviese naturaleza temporal...

"Debiera haber reglas respecto al tiempo, el lugar, y la manera de adorar. Nada de lo que es sagrado, nada de lo que pertenece al culto de Dios, debe ser tratado con descuido e indiferencia."

"Cuando los adoradores entran en el lugar de reunión, deben hacerlo con decoro, pasando quedamente a sus asientos... La conversación común, los cuchicheos y las risas no deben permitirse en la casa de culto, ni antes ni después del servicio..."

"Si cuando la gente entra en la casa de culto tiene verdadera reverencia por el Señor, y recuerda que está en su presencia, habrá una suave elocuencia en el silencio."

"Todo el servicio debe ser dirigido con solemnidad y reverencia, como si fuese en la visible presencia del Maestro de las asambleas."

"Algunas veces los jóvenes tienen tan poca reverencia por la casa y el culto de Dios, que sostienen continua comunicación unos con otros durante el sermón."

"No es extraño que nuestras iglesias sean débiles, y que no tengan esa piedad profunda y ferviente que

debieran tener. Nuestras costumbres actuales, que deshonran a Dios y rebajan lo sagrado y celestial al nivel de lo común, nos resultan contrarias...

"Es demasiado cierto que la reverencia por la casa de Dios ha llegado casi a extinguirse. No se disciernen las cosas y los lugares sagrados, ni se aprecia lo santo y lo exaltado. ¿No falta en nuestra familia la piedad ferviente? ¿No se deberá a que se arrastra en el polvo el alto estandarte de la religión? Dios dio a su antiguo pueblo reglas de orden, perfectas y exactas. ¿Ha cambiado su carácter? ¿No es el Dios grande y poderoso que rige en el cielo de los cielos? ¿No sería bueno que leyésemos con frecuencia las instrucciones dadas por Dios mismo a los hebreos para que nosotros, los que tenemos la luz de la gloriosa verdad, imitemos su reverencia por la casa de Dios? Tenemos abundantes razones para conservar un espíritu ferviente y consagrado en el culto de Dios. Tenemos motivos para ser más reflexivos y reverentes en nuestro culto que los judíos. Pero un enemigo ha estado trabajando para destruir nuestra fe en el carácter sagrado del culto cristiano."

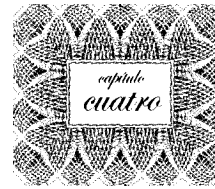
"Casi todos necesitan que se les enseñe a conducirse en la casa de Dios."

"A causa de la irreverencia en la actitud, la indumentaria y el comportamiento, por falta de una disposición a adorarlo, Dios ha apartado con frecuencia su rostro de aquellos que se habían congregado para rendirle culto."

"Cuando se ha suscitado una iglesia y se la ha dejado sin instrucción acerca de estos puntos, el predicador ha descuidado su deber y tendrá que dar cuenta a Dios de las impresiones que dejó prevalecer" (*Joyas de los testimonios*, tomo 2, págs. 193-202).

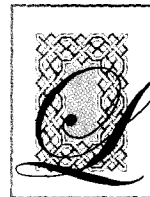
Aquellos que frecuentamos las iglesias sabemos que sólo algunas de ellas dan evidencias de poseer una cabal apreciación de estas altas normas. Incluso en muchas de nuestras iglesias grandes prevalecen la confusión, falta de orden e irreverencia. Escuchamos oraciones mecánicas, himnos escogidos descuidadamente, anuncios inoportunos; todo ello efectuado en auditorios intranquilos y niños que lloran.

Hay ministros y laicos que tratan de cambiar este estado de cosas. Dios los bendiga. Los tres últimos capítulos sugieren medios prácticos para lograr nuestro propio "reavivamiento litúrgico", sin caer en el formalismo.



La

¿e " me¿b~n a¿tte~n —



Los capítulos 4 y 5 se titulan: "La forma del servicio de adoración adventista" y "El contenido del servicio de adoración adventista." En teoría, estos dos asuntos podrían discutirse separadamente; pero en la práctica, la forma y el contenido no pueden aislarse. Por esta razón se observará con frecuencia que estos dos temas se entrecruzan.

Antes de discutir los problemas relacionados con la forma y el contenido del servicio de adoración, consideremos primero la naturaleza del servicio que deseamos conducir. ¿Cuáles son los objetivos de nuestro culto? Los tres capítulos anteriores nos debieron alertar sobre ciertos conceptos bíblicos, históricos, teológicos y psicológicos que nos ayudarán a determinar la naturaleza de la adoración que aspiramos en nuestras iglesias.

Primero, nuestra adoración debe armonizar con patrones bíblicos. Nuestro estudio nos llevó a la conclusión de que la adoración bíblica alcanza su clímax en el culto de la iglesia cristiana primitiva. La espontaneidad, la energía espiritual de la iglesia apostólica, constituyen nuestro ejemplo. Ciertamente, esa iglesia no nos legó una liturgia. Este hecho es importante. No se nos pide que copiemos una liturgia sino que emulemos un patrón espiritual; patrón que se caracterizaba por su sencillez, por ser directo, por su predicación llena del Espíritu, por la participación laica, y la oración espontánea y natural. No era místico, formal, ritualista, sacerdotal, o altamente estructurado. Era el culto de personas sencillas, dedicadas, que creían completamente en Cristo y que se deleitaban en expresarle su adoración.

Creo que nuestros ministros deberían presentar en nuestras iglesias este concepto bíblico de adoración. ¿Cuán a menudo hemos predicado sobre la adoración en la historia bíblica? ¿Cuánto sabe nuestro pueblo acerca de lo que pasó cuando los cristianos en el tiempo de Pablo se reunían para adorar? Nuestras congregaciones esperan que les enseñemos estas cosas.

Segundo, nuestros servicios de adoración deben ser evangelísticos. Deben estar imbuidos de un contenido y una atmósfera que persuadan a los hombres a entregarse a Cristo. Creo que una de las mejores oportunidades que tenemos para evangelizar es nuestro servicio de adoración del sábado por la mañana.

No estoy diciendo que siempre tenemos que hablar específicamente sobre alguna doctrina para que nuestro servicio tenga carácter evangelístico. Lo que quiero decir es que cada servicio debe ser conducido de tal manera

que los no adventistas o no cristianos que están presentes en la congregación puedan sentir la influencia persuasiva del evangelio de Jesús. Quiero decir que nuestros miembros nunca debieran preguntarnos si sería sabio llevar a sus amistades y familiares no adventistas a la iglesia el siguiente sábado. Siempre debiera ser no sólo sabio sino deseable llevar a cada no adventista a nuestros cultos.

Nuestras normas sobre la reverencia, nuestro orden del servicio, nuestros sermones, nuestra música, deben ser de tal naturaleza que las visitas se impresionen, y no se ofendan. Debiéramos encontrar formas de administrar los negocios esenciales de la iglesia de modo que la promoción no ocupe el lugar de la adoración. Debiéramos manejar la mayoría de los problemas de la iglesia en los hogares, en la reunión de oración, o por correspondencia, de tal forma que el servicio de adoración pueda siempre alcanzar a los corazones de los "extranjeros que están dentro de nuestras puertas."

Muchos de nuestros miembros desean llevar a sus amigos y familiares a la iglesia, pero temen hacerlo. Los médicos quisieran llevar a sus pacientes. Pero muy a menudo no se atreven. Si condujéramos servicios y predicáramos sermones que alcancen a estas personas, podríamos en muchos casos tener una asistencia constante de no adventistas, muchos de los cuales aceptarían la verdad. Esta gente que entra por la puerta principal el día sábado, que aprende a conocernos y amarnos, que adora con nosotros y comulga con nosotros, permanecerá con nosotros, cuando sean llevados a una decisión.

Sé que esto funciona porque lo he probado. Como pastor de iglesia de una gran ciudad descubrí que nada

le da más vida al espíritu del servicio del sábado que la presencia de visitas que venían semana tras semana, algunas de las cuales finalmente se unieron a la iglesia. Esto por supuesto, no reemplaza el evangelismo formal, antes bien contribuye a su efectividad. Nunca debiera ser la norma que la gente interesada haga primero una decisión para entonces llevarlos a la iglesia, por temor a que se desanimen. Por lo contrario, la asistencia a la iglesia debiera ayudar a la gente interesada a hacer una decisión.

Prepararse para una cruzada evangelística es más que repartir literatura por toda la ciudad. Debemos desarrollar un servicio de adoración que retenga a la gente que asiste a la iglesia para dicho esfuerzo. Esto a menudo implicará cierta educación sobre la adoración.

Tercero, los servicios de adoración adventistas deben, destacarse por su espíritu de reverencia. Las citas de *Joyas de los Testimonios*, tomo 2, indican que cuando Elena de White escribió sus amonestaciones había mucha irreverencia. Tenemos que admitir que el problema persiste. La falta de un sentido de la presencia de Dios es a menudo muy obvia. Los adoradores muy frecuentemente se conducen como si estuvieran en un mítin político y no en un templo.

Hace varios años, cuando era pastor de la iglesia del Colegio "Loma Linda", les mostraba a unos familiares bautistas el plantel. Durante nuestro recorrido entramos al Salón Burden, que según les expliqué era el auditorio donde nuestra iglesia tenía sus servicios. Al entrar en este no tan impresionante lugar, ellos inmediatamente bajaron el volumen de sus voces hasta llegar a un susurro. Yo estaba impresionado. Nunca antes había visto

tanto respeto por el Salón Burden como lugar de culto. Por eso Elena de White dijo: "Si cuando la gente entra en la casa de culto tiene verdadera reverencia por el Señor y recuerda que está en su presencia, habrá una suave elocuencia en el silencio" (*Joyas de los Testimonios*, tomo 2, Pág. 194).

Se cuenta la historia de una antigua ciudad que fue construida sobre un río, pero el paso de las aguas sobre la cuenca del río se podía escuchar sólo por las noches, cuando la ciudad estaba absolutamente silenciosa. Dios habla con voz serena y queda; y si queremos oírle durante el culto, debemos guardar silencio.

En muchas de nuestras iglesias la voz de Dios es ahogada por los llantos de los niños. El predicador podría gritar más fuerte que ellos, pero Dios no lo haría. Simplemente no sería escuchado. Este es un problema serio que debemos enfrentar. Elena de White dice: "A veces un niño puede atraer de tal manera la atención de los oyentes que la preciosa semilla no caiga en buen terreno ni lleve fruto" (Id. pág. 195). Esto sucede cada sábado en veintenas de iglesias adventistas. ¿Cómo encarar el problema? Básicamente, debiéramos educar a nuestro pueblo sobre la adoración de un modo tal, que ellos mismos tomen la iniciativa de encontrar una solución. Luego debemos hacer provisión para que la solución sea verdaderamente factible. Esto puede implicar el uso de guarderías, cuartos de madres y otras instalaciones.

Si bien debiéramos ser corteses y cristianos cuidadosos al tratar con estas preocupadas madres, no debemos permitir que sus hijos arruinen los cultos de la iglesia. Nuestros servicios nunca serán exitosamente evangelís-

ticos mientras exista esta condición. Los niños que lloran pueden en realidad estar frenando a cientos de personas para que no adoren con nosotros y al fin no se agreguen a la iglesia. No es la explosión ocasional o accidental, que se apaga rápidamente, la que arruina el servicio de la iglesia. Más bien es la algarabía y el llanto constantes a los cuales los padres se han acostumbrado tanto que hacen muy difícil escuchar.

Este problema no sólo impide la adoración de los padres de esos niños, sino también el derecho de los demás adoradores, a quienes se perturba con el ruido. La cortesía toma en cuenta a las personas que están tratando de adorar. Sin embargo, todos sabemos cuánto se ofenden algunos padres ante la más juiciosa observación de que sus hijos están interfiriendo con la adoración. A veces el pastor, con cortesía cristiana, deberá hablar con los padres acerca del problema. Esto no es fácil, pero es preferible, para no arruinar la santidad del servicio de la iglesia. Elena de White dice al respecto: "A menos que se inculquen en los miembros ideas correctas de la adoración y reverencia verdaderas, habrá una creciente tendencia a poner lo sagrado y eterno al mismo nivel de las cosas comunes, y los que profesan creer la verdad ofenderán a Dios y deshonrarán la religión" (Id., pág. 202).

Debemos recordar, desde luego, que la reverencia es más que niños tranquilos. Implica tranquilidad y orden en la forma de entrar y salir de la gente. Implica hábitos de conducta como hablar, reír, relacionarse con otras personas a la hora del culto. Abarca la actitud de los jóvenes. Involucra el tipo de música que se toca. Y, sobre todo, implica la personalidad y el liderazgo del ministro. Un ministro reverente tendrá una congregación reve-

rente; y lo opuesto, también es cierto.

Cuando el ministro camina hacia la plataforma el sábado de mañana, debe saber que está dirigiendo a su congregación en la adoración a Dios. Él mismo debiera sentir el temor y la responsabilidad de la ocasión. Debe estar rebosante de gozo cristiano. Sus oraciones, su lectura de la Biblia, su sermón, su vestimenta, su actitud, deben comunicar el hecho de que él siente la presencia de Dios. Y esto puede lograrse sólo en la medida en que el predicador haya disfrutado previamente de la presencia de Dios en su estudio donde planeó el servicio y preparó el sermón. Dios no se encuentra con el predicador en el púlpito. Se encuentra con él en su estudio y lo acompaña al púlpito.

Podríamos enumerar otras características deseables para el culto adventista, pero estas tres resumen perfectamente aquéllas: debe ser bíblico, evangelístico y reverente. También debemos recordar que estas tres se combinan, interactúan, por así decirlo. La norma bíblica contrarresta la indebida influencia de la tradición humana. El énfasis evangelístico bloquea la tendencia a la excesiva autopreocupación. La reverencia evita el constante peligro de olvidar la presencia de Dios, que es la base de toda adoración.

Si hemos de cumplir estas normas, debemos hacer un cuidadoso escrutinio de cada parte del servicio de la iglesia y su relación con cualquier otra. Es imposible conducir un servicio sin una liturgia. El simple hecho de anunciar un himno y pronunciar una bendición es liturgia. Nuestra preocupación es evitar la liturgia excesiva e impropia. Por liturgia impropia entendemos aquello que no expresa exactamente nuestra teología.

¿Cómo debiera realizarse un servicio de adoración? No hay una respuesta específica. Un servicio puede abrirse con un llamamiento a la adoración, ya sea musical o escritural, o un himno. A esto puede preceder un prelude del órgano o el piano o una interpretación oportuna del coro. Después de la apertura formal, usualmente habrá, dependiendo del orden, una invocación, dos o más himnos, una lectura bíblica, una oración pastoral, algún tipo de música, un sermón y una bendición final. El que dirige el culto debe ligar estas partes un tanto disímiles con un patrón que tenga significado. Éste, como lo ha probado ampliamente la experiencia, puede presentar casi infinitas variaciones. El significado del patrón debe experimentarlo el líder del culto y comunicarse por medio de él a la congregación.

Algunas autoridades de vanguardia han sugerido que uno de los mejores patrones para un culto significativo se encuentra en el capítulo seis de Isaías. La experiencia en el templo del joven profeta se divide en cuatro partes. Primera, él "vio ... al Señor." De la misma manera, en el culto en la casa de Dios, el adorador debe estar consciente de la presencia de Dios. Esto puede hacerse escogiendo apropiadamente los himnos, efectuando las oraciones con inteligencia y adoración, haciendo lecturas efusivas de la Biblia. Todo ello puede lograrse merced a la existencia de una tradicional reverencia que hará que el adorador exclame como Jacob: "Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía." Puede lograrse por la influencia y el liderazgo de un pastor que conozca Dios y que sepa cómo invitar a su pueblo a adorarle en espíritu y en verdad. Ninguna adoración será efectiva menos que el pastor y la congregación "vean al Señor."

"La verdadera reverencia hacia Dios nos es inspirada por un sentido de su infinita grandeza y un reconocimiento de su presencia. Este sentido del Invisible debe impresionar profundamente todo corazón. La presencia de Dios hace que tanto el lugar como la hora de la oración sean sagrados. Y al manifestar reverencia por nuestra actitud y conducta, se profundiza en nosotros el sentimiento que la inspira" (*Profetas y reyes*, pág. 34).

Mientras más espirituales se tornen nuestras congregaciones, más efectivamente los llevaremos a darse cuenta de la presencia de Dios. Y mientras más gráficamente podamos impresionar a nuestro pueblo con la conciencia de la presencia de Dios, más crecerán en estatura espiritual.

Supongamos que el orden del servicio se abre con un llamamiento bíblico a la adoración. Esto puede ser meramente una forma, y lo será a menos que el que lo lea sienta la presencia de Dios. A veces me he parado frente a mi congregación al inicio de un servicio y leo la oración de David en el Salmo 63.

"Dios, Dios mío eres tú; de madrugada te buscaré; mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela, en tierra seca y árida donde no hay aguas, para ver tu poder y tu gloria, así como te he mirado en el santuario. Porque mejor es tu misericordia que la vida; mis labios te alabarán. Así te bendeciré en mi vida; en tu nombre alzaré mis manos" (vers. 1-4).

Esta es una tremenda afirmación de fe en Dios y adoración a Él. ¿Podría yo decirla en tal forma que mi pueblo capte su sentido? ¿Puedo crear una atmósfera en la que los miembros de mi congregación digan en sus corazones, "Dios mío eres tú," "Mi alma tiene sed de ti," "Mis

Y Adorable

labios te alabarán," "En tu nombre alzaré mis manos"? Una porción como ésta -y la Biblia contiene cientos de ellas- puede cambiar una audiencia casual en una congregación que de verdad adora, si es leída correctamente por un ministro que conozca al Dios a quien se dirigen estas palabras.

Un gran himno de alabanza puede tener el mismo efecto. Mi himno favorito es el No. 1 de nuestro himnario. Usted lo ha cantado muchas veces:

"Cantad alegres al Señor,
mortales todos por doquier,
servidle siempre con fervor,
obedecedle con placer.

Con gratitud canción alzado
al Hacedor que el ser os dio;
al Dios excelso venerad,
que como Padre nos amó.

Su pueblo somos: salvará
a los que busquen al Señor;
ninguno de ellos dejará;
él los ampara con su amor."

Si pudiéramos conducir a los feligreses para que canten tales himnos racionalmente, ellos verían a Dios como Isaías. Pero si iniciamos el servicio con un sentimiento simplista respecto de una música barata, muy probablemente no veremos al Señor sentado en su trono, ni estaremos preparados para adorarlo.

La segunda experiencia de Isaías, después que vio al

Señor, fue de humildad: "¡Ay de mí! -dijo él-, que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos". En alguna parte de las oraciones, de los himnos, de la lectura bíblica, del sermón, todo servicio de adoración debe incluir la confesión. Los servicios formales de muchas iglesias incluyen esto en letanías y oraciones formales. Esto puede llegar a convertirse en algo intrascendente. Pero si el pastor o el anciano al orar buscan fervientemente el perdón de sus pecados y los de la congregación, el efecto puede ser genuino y la experiencia real.

Si un pastor y su congregación pueden leer antifonalmente el Salmo 51 y claman con fervor: "Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí. No me echés de delante de ti, y no quites de mí tu Santo Espíritu. Vuélveme el gozo de tu salvación; y espíritu noble me sustente", ese pastor y su congregación pueden estar seguros de que la bendición de Dios vendrá. Pero si, por el contrario, le decimos a Dios: "Te agradecemos porque no somos como este paria que pasa por la puerta de la iglesia; nosotros guardamos el sábado, traemos nuestro diezmo, tenemos una herencia en el cielo", nunca conoceremos las glorias de la adoración.

La tercera fase de la experiencia de Isaías fue una manifestación de la gracia de Dios. En el lenguaje del texto, un ángel vino directamente del trono de Dios y tocó los labios de Isaías con un carbón encendido y dijo: "Es quitada tu culpa, y limpio tu pecado". No es prerrogativa del pastor pronunciar absolución de pecados,

como lo hicieran los sacerdotes del pasado; pero está dentro del espectro de un servicio de adoración que el pueblo reciba de Dios la seguridad de que sus pecados fueron perdonados. Es posible que la gente venga a la iglesia cargada, atemorizada, desanimada, pero nunca deben salir con ese mismo espíritu. ¿Salió usted alguna vez de un servicio sintiéndose un palmo más alto, con nueva confianza y valor, y una nueva apreciación de la gracia de Dios? Ello nunca debiera ser una experiencia excepcional. Este es el propósito del culto. El ángel con el carbón encendido debe estar siempre presente; pero él no podrá limpiarnos a menos que hayamos llegado a estar conscientes de la grandeza de Dios y de nuestra necesidad.

A través de la oración, los himnos, la lectura de la Biblia y los sermones, la promesa de ser limpios por medio de la gracia de Dios debe hacerse tan real que el pueblo renueve su experiencia del perdón de sus pecados. Este gozo de que los pecados son perdonados por la gracia de Dios es el mismo centro de la salvación por la fe. En este punto la gracia salvadora de Dios se hace sentir en el alma del individuo. ¿Cuándo puede ser el momento más apropiado para que esta transacción ocurra si no es a la hora del culto?

No estoy diciendo que la hora del culto es el único momento que el cristiano puede disfrutar esta experiencia de perdón y paz. Dios puede trabajar para nuestro bien en cualquier lugar y circunstancia. Lo que sí creo, es que la hora del culto debe ser un medio notable a través del cual la gracia de Dios actúa eficazmente en favor de su pueblo. El penúltimo párrafo del capítulo titulado "La conducta en la casa de Dios", de *Joyas de los testimonios*, tomo

2, de Elena de White, del cual hemos citado ampliamente, comienza con estas palabras: "Pablo describe la obra de los embajadores de Dios como una obra mediante la cual cada hombre será presentado perfecto en Cristo Jesús." Con seguridad el culto divino es parte de este proceso. Allí los labios son tocados, la iniquidad quitada y el pecado limpiado. Este es el objetivo de la adoración cristiana.

La cuarta fase de la experiencia de Isaías fue su dedicación. El Señor dijo: "¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?" Isaías respondió: "Heme aquí, envíame a mí" (vers. 8). Nuestras ofrendas deben ser un símbolo de esta dedicación, pero deben abarcar una experiencia más amplia que el simple hecho de dar dinero. El adorador debe salir del lugar del culto dispuesto a ir a donde el Señor le mande y hacer lo que el Señor le indique.

Una vez más, esta dedicación debe ser el resultado de la obra de Dios efectuada a través del canto, la oración, la lectura de la Escritura y el sermón. Pero si estos ingredientes de la adoración no cumplen ningún propósito, si lo único que ocurre es un mero ritual, ejecutado sin un razonamiento profundo y significativo, ¿cómo puede Dios obrar a través de ellos para garantizar la dedicación del adorador? Algunos ministros creen que deben llamar a sus congregaciones a levantar las manos o ponerse de pie al final de cada servicio para garantizar la dedicación. Esto es apropiado en ciertas ocasiones, pero la apelación implícita de un himno, de cierta lectura bíblica, de una oración o un sermón a menudo es más efectiva que el llamamiento explícito, especialmente cuando éste se ha vuelto parte del ritual.

Von Ogden Vogt, en su libro *Arte y religión*, capítulo 15,

dice: "Algo así como la gran experiencia de Isaías es lo que la gente debiera obtener a través del culto celebrado en la iglesia". Esta es la meta del culto cristiano: el nutrimento y la salvación de las almas. Ello se logra gracias a la oración, lecturas bíblicas, los himnos que se cantan, la entrega de nuestras ofrendas y la predicación.

"Aquí, con los coloridos rayos de la luz de tu mañana de sábado, viene la paz, el gozo permanece, nace el valor y canta la esperanza.

Libre por un momento de la prisa y el cuidado del diario luchar, en el solemne silencio de esta santa hora, escucho a Dios hablar.

Firme y fortalecido por esta dulce comunión, con la cabeza levantada, abandono tus puertas para desafiar cualquier cosa que el día me traiga, porque yo, quien escucho, estaré atento."

Escogido

Si los adoradores han de tener estas experiencias, los encargados del culto deben ejercer tacto hábil y consagrado. Un área que preocupa al pastor es el orden del servicio de adoración. ¿En qué secuencia deben acomodarse las diferentes partes del servicio? Si bien no es posible decir la última palabra al respecto, vendrán bien algunas observaciones.

Recientemente participé en un servicio de adoración en una de nuestras grandes congregaciones. Antes del servicio, el organista tocó una meditación. Afortunadamente esta iglesia se ha caracterizado por su tradicional

quietud y orden, de manera que la congregación estaba acomodada, atenta y sin interferencias antes que el servicio comenzara. El coro entró y cantó una selección apropiada mientras los ministros se acercaban al púlpito. Uno de ellos leyó un llamamiento bíblico a la adoración, después del cual la congregación entonó: "Cantad alegres al Señor" (HA, No. 1). Después de este himno siguió una breve invocación. A cada adorador se le confrontó con el privilegio de la seguridad de la presencia de Dios.

Puesto que el tema del sermón era: "¿Es posible alcanzar la perfección?", la lectura antifonal fue "La perfección cristiana," de la página 528 del *Himnario*, basada en Efesíos 4:1-8, 11-16. Ello incluía el desafío para todos los creyentes de crecer "en todas cosas en Aquel que es la cabeza, a saber, Cristo". El objetivo era despertar un sentido de necesidad y de la abundante gracia de Dios para suplirla. A la lectura de la Palabra de Dios siguió la oración pastoral. Hasta este punto la congregación había participado activamente en el himno y la lectura antifonal. Después de la oración, el coro cantó una respuesta que elevó la atmósfera de la adoración. El pastor, entonces, hizo ciertos comentarios necesarios a la congregación, y se recogieron las ofrendas.

Notemos que la ofrenda no se recogió prematuramente en el culto. A veces esta parte de la dedicación se realiza tan prestamente que estamos tentados a sentir que la filosofía es "pague al entrar." El culto divino no es una máquina tragamonedas en la cual insertamos nuestro dinero para esperar luego una bendición. La acción de dar es un símbolo de la dedicación que sigue a una visión de Dios y a una estrecha comunión con él.

Y Adoradle

Después de la ofrenda, la congregación cantó un segundo himno, previo al sermón. Sé que esto no se hace a menudo, pero puede ser muy significativo. Primero, le da a la congregación la oportunidad de participar antes de sentarse a escuchar al predicador. Segundo, un himno congregacional es muchas veces mejor antecedente para el sermón que una participación musical o una lectura bíblica. Por ejemplo, ese sábado cuando el predicador habló sobre "perfección", el himno que inmediatamente precedió al sermón fue el No. 3 del *Hímnario* [en inglés]:

"NO TE HEMOS CONOCIDO":

"No te hemos conocido como debiéramos,
Ni hemos comprendido tu sabiduría, gracia y
poder;

Las cosas de la tierra han inundado nuestro
pensamiento,
también las pequeñeces del transitorio
momento.

Señor, danos luz para tu verdad ver,
y haznos sabios en ti para conocer.

"No te hemos reverenciado como
debiéramos,

Ni nos hemos postrado ante tu temible vista,
Ni hemos cuidado acto, palabra o
pensamiento,

Recordando que tú estabas cerca.
Señor, danos fe para conocerte de cerca,
Y danos la gracia de la santa reverencia.

La forma del servicio de adoración
"4Y IV
Arista

"No te hemos amado como debiéramos,
Ni nos hemos preocupado en que por ti
somos amados;
Tu presencia fríamente hemos buscado,
Y débilmente anhelado tu rostro ver.
Señor, danos un corazón puro y amoroso
Para sentir y poseer el amor que eres tú.

"No te hemos servido como debiéramos;
¡Oh, los deberes que hemos dejado
inconclusos,
La obra con tan poco fervor hecha,
Las batallas perdidas, o apenas ganadas!
Señor, danos el cielo, y danos el poder,
Para trabajar para ti, para pelear para ti.

"¡Cuándo te conoceremos como debiéramos,
para reverenciarte, y amarte, y servirte
rectamente!
¡Cuando seremos, a pesar de los problemas,
Perfectos en la tierra de luz!
Señor, ojalá pudiéramos prepararnos día
tras día
Para ver tu rostro, y allá servirte."

Este himno es una elocuente confesión. Cuando se canta con unción, equivale a la declaración de Isaías: "Soy hombre inmundo de labios." Fue particularmente significativo al preceder a un sermón sobre la "perfección."

Cuando se cantaban las últimas palabras del himno,

el ministro caminó hacia el púlpito, de modo que cuando los adoradores cerraron sus himnarios, los colocaron otra vez en las bancas y miraron hacia el frente, ya lo vieron allí. El sermón fue expositivo, con la intención de aclarar la enseñanza de la Biblia sobre un tema que siempre es relevante. El himno final fue el No. 279: "No yo, sino él," escogido para reforzar la idea de que nuestra perfección y nuestra salvación final dependen totalmente de Cristo.

Este orden de culto puede adaptarse para una iglesia pequeña. Se contará con un piano en vez de un órgano; puede que no haya coro para cantar respuestas; sin embargo los mismos himnos pueden cantarse, los mismos textos pueden leerse, las mismas oraciones ofrecerse, el mismo sermón predicarse. Dios puede estar presente con tal realismo tanto en una iglesia pequeña como en una grande. Los adoradores pueden sentir el toque del carbón encendido del altar aun en la iglesia más humilde. El mismo candor puede acompañar la adoración a Dios en una congregación de diez o de mil personas. Mayormente dependerá de la planeación, la personalidad, el análisis, la habilidad del encargado del culto. ¡Dios estará presente si el predicador no le estorba en su camino!

En mi clase de culto en el Seminario, a menudo escribo en el pizarrón el siguiente orden, sin indicar su fuente de origen:

Doxología
 Invocación
 Himno
 Lectura bíblica

So

Himno
 Ofertorio
 Meditación
 Oración
 Respuesta coral
 Sermón
 Bendición

Entonces pregunto a la clase a qué tipo de iglesia representa este orden de culto. Algunos dicen que a una pequeña iglesia rural. ¡Imaginen su sorpresa cuando se enteran que yo copié ese orden de un boletín de la Iglesia Presbiteriana de la Calle Nueva York, en Washington, en el verano de 1947, cuando Peter Marshall era su pastor! El orden era sencillo, pero el servicio significativo gracias a un gran predicador que sabía cómo conducir el culto de modo tal que los elementos de la adoración estuvieran presentes.

He examinado veintenas de boletines de los servicios de muchas iglesias adventistas y de otras protestantes. Ni dos son idénticos. Los mejores pretenden por su arreglo lograr mucho: primero, intentan despertar un sentido de la presencia anticipada de Dios en el servicio por medio de llamados a la adoración, participaciones corales, invocaciones, respuestas corales y lecturas bíblicas. El encargado del servicio trata de cambiar una audiencia en una congregación desafiándola, a través de esta diversidad de formas, con la presencia de Dios. Segundo, intentan desarrollar una unidad de pensamiento al escoger himnos, lecturas bíblicas, temas para la oración y participaciones musicales en armonía con el propósito del sermón de ese día. Tercero, dan a la con-

Si

gregación la oportunidad de responder a la presencia y la gracia de Dios por medio de la confesión y dedicación mediante lecturas antifonales, himnos congregacionales apropiados, ofrendas y decisiones personales.

Así como hay cientos de formas de construir una buena casa, también hay muchas formas de diseñar un inspirador servicio de adoración. Continuando con la analogía, hay ciertos procedimientos que no se deben seguir al construir una casa. No se puede colocar primero el techo. La cimentación, de ninguna manera puede dejarse para el final. Las necesidades de aquellos que vivirán en la casa no pueden ser ignoradas. Los servicios de adoración se pueden construir de muchas formas, pero éste debe posibilitar el encuentro del hombre con Dios en una atmósfera de temor reverente, con el propósito de encontrar salvación y pureza, y una expectativa de rededicación y crecimiento cristiano.

Hemos estado hablando en términos ideales. ¿En qué hemos fallado? Veamos a continuación el acto de la adoración como un todo, tanto en su orden como en su efecto general. ¿En dónde es que a menudo ha sido ineficaz?

Una debilidad ha sido pensar que los cantos, las oraciones, lecturas bíblicas y ofrendas son sólo actividades preliminares del sermón, cosas de las cuales hay que deshacerse rápidamente, de manera que el impaciente predicador pueda llegar lo más pronto posible al púlpito. Este punto de vista nos ha hecho "omitir la tercera estrofa" del himno, las lecturas bíblicas, etc.; es decir, correr con tal premura que no se logra ningún impacto en el adorador. De hecho, probablemente no sea correcto llamarlo adorador. Él solamente es un oyente, alguien que está acostumbrado a una serie de actividades preli-

minares antes de disponerse a escuchar al predicador.

Como pastor me había habituado a diseñar mi culto para una hora exacta. A las 11:00 en punto, me dirigía yo solo hacia la congregación y discutía con ellos asuntos como anuncios y otras promociones necesarias que tenían que ver con el programa de la iglesia. Lo realizaba normalmente en cinco minutos. Entonces bajaba de la plataforma. Momentos después, los ministros entraban, mientras se escuchaba el coro, órgano o piano. Para diferentes iglesias usaba distintos órdenes de culto, pero mi plan siempre era que la predicación comenzara entre las 11:25 y 11:30. El sermón terminaba exactamente a las 11:55, y la congregación abandonaba el templo a las 12:00 m.

Una secuencia bien planeada de himnos, oraciones, lecturas bíblicas y recolección de ofrendas puede efectuarse en un periodo de veinte minutos aproximadamente. El sermón será mejor aprovechado si se lo limita a veinticinco o treinta minutos. Deben evitarse dos extremos: la dedicación de escaso tiempo a aquellas partes del programa previas al sermón, y en consecuencia la pérdida de mucho tiempo al final.

Recuerdo una experiencia al comienzo de mi ministerio. Acababa de trasladarme a un nuevo distrito y estaba predicando en una de las cuatro iglesias que pastoreaba (además de enseñar Biblia en una escuela secundaria). El anciano hizo largos anuncios, leyó un artículo de la *Revista adventista*, ofreció una extensa oración, y finalmente me dejó el púlpito a las 11:53. Luego me aseguró que yo podía tomar todo el tiempo que quisiera. "Tenemos toda la tarde," dijo. Los niños estaban intranquilos. La gente miraba sus relojes. Hablé durante siete minutos.

Permanecí en ese distrito seis años y no tuve más problemas de este tipo con esa iglesia.

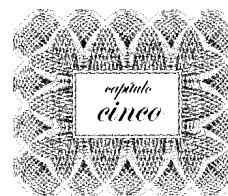
Por otra parte, también me siento igualmente frustrado cuando el anciano se apresura en la apertura y me entrega el púlpito a las 11:15. La gente no ha sido preparada para convertirse en una congregación que adora. Yo nunca pienso hablar cuarenta y cinco minutos en ninguna iglesia. Se rompe el equilibrio del servicio.

Otro problema muy frecuente es la introducción de material inapropiado. La congregación canta un himno, alguien hace la oración, luego el anciano anuncia el día de campo, solicita suscripciones a la revista misionera, y describe el estado del presupuesto de la iglesia. Todos estos asuntos tienen su lugar y su momento, inclusive el día de campo de la iglesia. Es cierto que la obra de la iglesia no debe subestimarse, pero la maquinaria tampoco debiera sonar tan fuerte que ahogue la voz de Dios durante la hora del culto. Esto mayormente es un asunto administrativo. La mayoría de los negocios de la iglesia pueden manejarse durante los minutos misioneros, el período de anuncios, a través del boletín de la iglesia, o por carta. Y recuérdese, una iglesia que realmente ha adorado y respondido al llamamiento de Dios, también trabajará. La mejor promoción posible para tener una iglesia activa es un programa efectivo de culto divino.

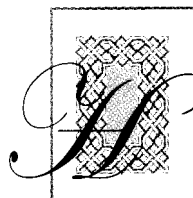
Debemos aprender a diseñar nuestros servicios con una legítima preocupación por la belleza, por la idoneidad y el propósito. Debemos evaluar los órdenes de culto por sus resultados. ¿Están siendo llevados a la presencia de Dios nuestros miembros y visitas? La revista *Christianity Today*, cuenta acerca de una visita que fue invitada a una majestuosa catedral. Esta hizo la ingenua

pregunta: "¿Se salva alguien aquí?" La misma pregunta puede aplicarse a nuestros servicios de adoración. ¿Dios limpia los corazones durante la hora del culto? ¿Se están haciendo decisiones por Cristo? ¿Se vincula a los niños y jóvenes con la iglesia porque aprecian lo que sucede en el culto divino? ¿O acaso los "adoradores" van y vienen como las puertas sobre sus bisagras, impulsados por la costumbre?

La respuesta está en nuestras manos. Quiera el Señor darnos la gracia de convertir la adoración en aquello que él desea.



El contenido de ad a



emos discutido el servicio de adoración como una unidad. Ahora echaremos una mirada más de cerca a sus diferentes partes. Si bien, un arreglo apropiado es importante, cada parte que se ejecute con juicio y excelencia resulta vital. Lecturas bíblicas bien seleccionadas, oraciones fervientes e himnos debidamente escogidos serán de utilidad en casi cada secuencia que se siga; pero si los ordenamos en base a una secuencia significativa, aumentaremos su valor. Por otro lado, el mejor orden carecerá de significado si las partes no se seleccionan y ejecutan adecuadamente.

Los capítulos cuatro y cinco de Apocalipsis nos dicen mucho sobre la adoración. A través del telescopio de la visión profética, Juan vio el cielo mismo. Miremos por

encima de su hombro mientras él contempla la adoración en el cielo. ¿Qué vemos? Vemos a Dios sentado sobre un trono rodeado de un arco iris color esmeralda. Vemos veinticuatro ancianos sentados alrededor del trono, vestidos de túnicas blancas y coronas de oro. Delante del trono se proyecta un mar de cristal y rodeando el trono hay cuatro seres vivientes, indescriptibles para el lenguaje humano. ¿Qué hacían estos cuatro seres celestiales?

"Y no cesaban día y noche, de decir:
Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y que ha de venir"
(Apoc. 4:8).

¿Y qué hacen los veinticuatro ancianos?
"Y siempre que aquellos seres vivientes dan gloria y honra y acción de gracias al que está sentado en el trono, al que vive por los siglos de los siglos, los veinticuatro ancianos se postran delante del que está sentado en el trono, y adoran al que vive por los siglos de los siglos, y echan sus coronas delante del trono, diciendo:

"Señor, digno eres de recibir
la gloria y la honra y el poder;
porque tú creaste todas las cosas,
y por tu voluntad existen y fueron creadas."

Estos ancianos, "redimidos de entre los hombres," formaron un coro de veinticuatro voces de alabanza y adoración a Dios.

Entonces surge en la escena un Cordero: el símbolo que más se repite en el Apocalipsis. El Cordero tomó el rollo con los sellos de la mano del Señor, "y cuando hubo tomado el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero; todos tenían arpas, y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos; y cantaban un nuevo cántico, diciendo:

"Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra" (Apoc. 5:8-10).

El cuarteto y el coro se combinan para ofrecer su culto a Cristo, quien redime a los hombres para Dios.

Pero también otros deseaban participar en esta adoración:

"Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones, que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza" (vers. 11, 12).

¿Puede imaginar la reacción de Juan mientras escuchaba cantar a los ángeles? Pero algo mucho más grande estaba por suceder. El clímax recién iba a producirse.

"Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos. Los cuatro seres vivientes decían: Amén; y los veinticuatro ancianos se



postraron sobre sus rostros y adoraron al que vive por los siglos de los siglos" (vers. 13, 14).

Pero la mejor parte de esta gloriosa escena de adoración en el cielo se encuentra en Apocalipsis 7. Otra vez vemos al mismo Dios en su trono, los miles de ángeles, los veinticuatro ancianos, y los cuatro seres vivientes. Pero en el versículo 9 aparece un nuevo grupo:

"Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos".

¿Quiénes son estos vestidos de blanco? El versículo 14 revela que son los que "han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero". ¿Qué hacen? Adoran a Dios. El versículo lo los presenta diciendo: "La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero". Es un pensamiento solemne que, nosotros, en compañía de los ancianos, de los seres vivientes, los ángeles, y todos los ejércitos del cielo de Dios, podamos algún día adorar a Dios y a Cristo en el mar de cristal. Todos podemos participar en este gran drama. Si esperamos adorar a Dios en ese gran día, ¿no debiéramos aprender a adorarlo aquí y ahora?

El simbolismo de la adoración en el cielo revela varios de los componentes del culto divino según sabemos. Había música. Todos los seres del universo cantaron sus alabanzas a Dios. Había oración. Los incensarios de oro contenían las oraciones de los santos. Había ofrendas. Los veinticuatro ancianos echaban sus coronas delante del trono. Había un sermón y una lectura bíblica. La apertura del rollo era una revelación de Dios. Era la

parte didáctica del servicio. Los críticos dicen que estos capítulos del Apocalipsis reflejan prácticas de culto contemporáneas y liturgias modernas. Debemos recordar que la experiencia de Juan fue una visión de Dios, no la expresión de una experiencia humana.

Y ahora veamos los materiales para la adoración. El primero es la Biblia. Siendo que reverenciamos la Escritura, ¿no es extraño que a menudo eliminemos la lectura bíblica de nuestros servicios de adoración? El llamamiento a adorar, si se hiciera, bien podría ser una selección de la Biblia. ¿Sería erróneo tener tanto una selección del Nuevo Testamento como del Antiguo Testamento para la lectura bíblica, como muchas iglesias protestantes lo hacen? Una podría ser antifonal, la otra no.

En lugar de decir: "Ahora recogeremos las ofrendas," ¿por qué no citar uno de los muchos textos sobre mayordomía, como 2 Corintios 9:7: "Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre"? El lenguaje de la adoración bien puede llegar a ser el lenguaje de la Biblia. Debemos usar la Escritura mucho más ampliamente de lo que lo hemos hecho hasta ahora.

¿Y no deberíamos aprender a leer la Biblia? ¡Cuán a menudo leemos la Sagrada Escritura con vacilación y sin sentido! El director del culto debe ser alguien que ame interpretar oralmente la Biblia. El domingo siguiente al "Día V", durante la Segunda Guerra Mundial, asistí al servicio de adoración de una sinagoga judía en Boston. Estaba ansioso de sentir la reacción de los judíos, quienes tenían una tremenda carga emocional por el conflicto europeo. Recuerdo sólo un detalle de ese servicio. El

cantor principal leyó con gran belleza y habilidad el salmo nueve. Ningún sermón podía haber expresado más sensiblemente la reacción judía a los eventos en Europa. Aún puedo oír a aquel cantor que leía:

"Mis enemigos volvieron atrás; cayeron y perecieron delante de ti. Porque has mantenido mi derecho y mi causa; te has sentado en el trono juzgando con justicia...

"Los enemigos han perecido; han quedado para siempre desolados; y las ciudades que derribaste, su memoria pereció con ellas...

"Jehová será refugio del pobre, refugio para el tiempo de angustia...

"Ten misericordia de mí, Jehová; mira mi aflicción que padezco a causa de los que me aborrecen, tú que me levantas de las puertas de la muerte; para que cuente yo todas tus alabanzas en las puertas de la hija de Sion, y me goce en tu salvación. Se hundieron las naciones en el hoyo que hicieron; en la red que escondieron fue tomado su pie...

"Pon, oh Jehová, temor en ellos; conozcan las naciones que no son sino hombres".

¡Qué lección bíblica fue ésa! Por qué no podemos leer grandes pasajes de las Escrituras a nuestras congregaciones, de tal modo que los oyentes sean conscientes de su grandeza y su relevancia para la vida moderna?

El segundo gran aspecto de la adoración es la oración pública. Las oraciones usuales en nuestros servicios son la invocación, la oración por las ofrendas, la oración pas toral, y la bendición. No necesitamos más oraciones, pero sí mejores oraciones.

Qué es una invocación? No es otra oración pastoral. Es una oración breve en la que la presencia de Dios y su

bendición se invocan sobre la congregación. Ésta también puede convertirse en puro formalismo. Pero planeada inteligentemente, puede llegar a ser significativa y valiosa. Podemos estar seguros que no valdrá la pena a menos que hagamos un esfuerzo por cambiarla. Un estudio de algunas invocaciones modelo, según el patrón establecido para el culto público pueden darle al director del culto ideas que puede usar según su conveniencia.

Lo dicho acerca de la invocación también se aplica mayormente a la oración por las ofrendas y la bendición. Ambas llegarán a ser "vanas repeticiones", si no se planean con inteligencia. Si vale la pena realizar estas oraciones, conviene planearlas. Esto no significa que deban ser leídas o memorizadas, pero el que hace la oración debe tener cierta idea de lo que va a decir antes de pronunciar una palabra.

Uno de los mejores libros sobre la oración pública se titula *La oración pública efectiva*, de Robert L. Williamson, publicado por la Broadman Press de Nashville en 1960. Este libro merece ser leído por todo ministro. Presentaré algunas citas. En su capítulo introductorio, Williamson dice:

"Desde luego, el Espíritu de Dios no está sujeto. Puede acercarse a nosotros no importa las condiciones. A pesar de obstáculos como himnos imposibles, sermones agotadores, oraciones interminables, y coros agonizantes, Dios puede aún encontrar formas y medios de abarcar a una congregación sufriente y comulgar con ella. Pero, por otro lado, si aquellos que dirigen el culto público están verdaderamente listos para su oficio, no sólo sintonizándose ellos mismos con Dios, sino también habiendo preparado cuidadosamente cada fase del

culto divino, tanto más rápida y claramente el grupo de adoradores captará el sonido del 'silbo apacible y delicado'."

Con respecto a la oración, dice:

"Si bien la predicación es de suprema importancia porque en ella el ministro busca convertirse en la voz de Dios que habla al pueblo, también debemos decir que la oración pública es tremendamente importante porque en ella el ministro se convierte en la voz de su pueblo que habla a Dios."

Williamson enumera las faltas comunes de la oración pública bajo los siguientes encabezados: (1) falta de preparación, (2) duración excesiva, (3) pobre presentación, (4) referencia monótona a la Deidad, (5) referencias personales, (6) predicación disfrazada de oración, (7) oración privada en vez de pública. Bajo las cualidades deseables de la oración pública aparecen: (1) corporeidad, (2) fervor, (3) duración razonable, (4) frescura del lenguaje y pensamiento, (5) concreción, (6) progresión, (7) expectativa, (8) dedicación de la vida como meta. Todos estos puntos merecen más atención.

Con respecto a la función de la oración pastoral, Williamson dice:

"¿Qué es, entonces, la oración pastoral? Es un tiempo en el cual el ministro, junto con su congregación, se convierte en una voz para ofrecer sus oraciones a Dios. No sólo se hace confesión personal, sino también confesión de la iglesia. No sólo hay acción de gracias a Dios por sus bendiciones diarias, sino también por su gracia derramada sobre la iglesia. No sólo se anima a cada cristiano a rendir su vida a Cristo, antes bien la iglesia misma es

guiada hacia esas sendas de servicio por las que Dios la dirige y se entrega de nuevo a su santa voluntad."

La oración pastoral, dice Williamson, debe incluir (1) adoración, (2) confesión, (3) acción de gracias, (4) petición, (5) intercesión y (6) dedicación. Él observa:

"Algunas oraciones están cargadas de tristeza. Muchas se regocijan en las bendiciones recibidas. Otras han perdido el sentido de la presencia de Dios. Aun algunas más son avergonzadas por el pecado. La oración pastoral debe estar balanceada de tal manera que sea realmente una experiencia de oración para cada creyente de este pueblo."

Se nos da un excelente consejo referente al lenguaje de la oración.

Primero, debe ser digno, dicho de un modo "reverente y considerado." Segundo, debe ser variado. Las mismas viejas expresiones no deben repetirse de la misma manera, semana tras semana. Tercero, el lenguaje de la oración debe ser claro. Enfaticé los verbos y los sustantivos en vez de los adjetivos. Cuarto, debe ser estimulante. Mucha gente no escucha durante la oración. Cuando Peter Marshall oraba diciendo: "Donde estamos equivocados, ayúdanos a cambiar, y donde estemos en lo correcto, refuérzanos," la gente escuchaba. Debe haber una atmósfera de candor mientras el ministro ora. Quinto, el lenguaje debe ser reverente. El "tú" no debe ser sustituido por el "usted" al dirigirse a Dios. El lenguaje de la Biblia no puede ser mejorado como lenguaje de la oración.

Si han de seguirse estos consejos, significa que las oraciones deberán prepararse, lo cual no quiere decir que deban necesariamente ser escritas y leídas. Parte de

la preparación está en la devoción personal. "Para orar correctamente, es necesario haberlo hecho antes." Otra parte de la preparación consiste en la lectura devocional, y en pensar y preocuparse por el pueblo a favor del cual oraremos. En cierto modo el predicador debe fijar en su mente los puntos principales que desea abarcar en su oración. Esto asegurará lo que es importante, y al mismo tiempo le permitirá sentirse libre de añadir según lo guíe el Espíritu. La preparación debe ser directiva, no restrictiva. La oración debe contener vida, devoción, y pensamiento. Williamson dice:

"Probablemente el mejor método sería que el ministro ore extemporáneamente siguiendo una cuidadosa preparación. Que planee la oración, la bosqueje, la piense cuidadosamente, y tal vez la escriba completamente. Pero en el momento de orar que deje a un lado el manuscrito y, quizá con sólo unas notas en la mano, ofrezca la oración de todo corazón. Puede que ésta salga tan suavemente como si fuera leída. Puede que por momentos vacile en una palabra o frase. Pero no sonará como una recitación o una lectura. Sonará como una oración.

"Esto no significa echar por el suelo toda la preparación cuidadosa que se haya hecho. A través de la planeación, la meditación, el bosquejo, el escrito del ministro, su propio corazón se llena, de modo que esté mejor capacitado para guiar a su pueblo al Señor cuando ora.

"Uno debe recordar que en la oración pública, cuando las cabezas están inclinadas y los ojos cerrados, el único contacto que el ministro tiene con la congregación es a través del oído. Debe proponerse, entonces, usar su voz de tal manera que obtenga las mayores ventajas. Siendo que el ambiente es de profunda devoción, el

ministro hablará quedamente y en tono bajo. Un tono intermedio es aceptable, pero si la voz se vuelve alta y chillona, les sonará mal a los oyentes. El ministro no debe vacilar ni sentirse inseguro de su habla; pero tampoco debe ser vehemente ni dictatorial. Que recuerde que no está dándole órdenes a Dios, sino buscando la gracia divina."

El último capítulo de Williamson es un inspirador tratado de los frutos de la oración pública efectiva. Afirma que una seria atención a esta fase de la obra de un ministro profundizará su propia vida espiritual. Él dice: "Si el ministro no toma tiempo para preparar sus oraciones por amor a su pueblo, debiera hacerlo por amor a sí mismo." También reafirma que la oportuna oración pública enriquecerá el servicio de adoración. Contribuirá a evitar la idea de que nada importa sino el sermón. Puede fortalecer la vida de oración del pueblo. "Los ministros siempre culpan a sus miembros de no orar más de lo que ellos oran. Quizás, por lo menos, en parte la dificultad reside en que cuando los miembros vienen a la iglesia, no escuchan allí ninguna oración real.

"¿Qué le ocurriría a nuestros miembros si cada domingo escucharan algunas oraciones genuinas, urgentes y expectantes? Si cada semana tuvieran una experiencia de examen del corazón y confesión del pecado, ¿quién puede decir que no irían a sus casas y pasarían más tiempo sobre sus rodillas? Si en la oración pública cada cristiano fuera guiado a ver nuevamente la plenitud de la gracia de Dios y vaciarse en gratitud sobre él, ¿no será que con el paso del tiempo se caracterizarán por tener un corazón agradecido de modo que ellos también,

como Pablo dice, den `gracias en todo'? Si bien el ministro acerca a su pueblo al trono de la gracia y anuncia su deseo de acabar con el descuido y la indulgencia de su vida, y en vez de ello pide que sus vidas sean conformadas a la imagen de Cristo para que puedan compartir el gozo de su reino eterno, ¿quién puede decir con seguridad que con el tiempo los miembros no mirarán cada día como una oportunidad para renovar su dedicación y reiniciarla con una sincera oración: `No se haga mi voluntad, sino la tuya'?"

No puedo agregar mucho a estas citas, excepto urgirlos otra vez a que lean el libro. Mi reacción cuando lo leí por primera vez poco después de su publicación fue una sensación de profunda insatisfacción con mis oraciones en público. He aquí un área donde necesitamos mejorar. Este cambio vendrá sólo como resultado de un esfuerzo determinado, personal y dedicado. Es algo que no puede ser votado o legislado. Sólo cuando nosotros, cada ministro del evangelio, mejoremos nuestras oraciones en público esta parte del culto será realizada.

Estoy seguro que muchos de ustedes están pensando: "Pero los ministros no hacen la oración en público. Los ancianos, las visitas, u otros cumplen esta función." Esto es cierto en gran medida. Conviene a nuestros ancianos ofrecer la oración pastoral a veces, pero no siempre. Sin embargo, el ministro no debe delegar completamente esta función de su ministerio. Tampoco sería cortés que a un ministro visitante se trate de impresionar dándole como participación en el servicio la oración pastoral.

Si un anciano hará la oración, debe decirsele varios días antes del sábado. Probablemente un poco de instrucción para los ancianos en cuanto a la oración en

público podría ser valioso en algunos lugares. Un ejemplar del libro de Williamson sería invaluable para la biblioteca de la iglesia.

Recordemos esto: la oración pastoral puede ser una parte tan importante del culto como el sermón. Tratemos de que así sea.

La siguiente área que preocupa es aquella donde los ángeles temen pisar: la música en la iglesia. Toco este tema no como músico sino como pastor. Estoy consciente de que existe mucho conflicto en esta área. Algunos sostienen que sólo lo más refinado de la música eclesiástica, según los músicos profesionales, debiera usarse en el servicio. Esta norma excluiría muchos de los cantos de nuestro himnario y mucho de lo que comúnmente se usa para preludios, ofertorios, posludios y respuestas. Otros afirman que el gusto musical de la congregación debe ser el factor decisivo; que la música debe ser provista para satisfacer a la mayoría. Esto definitivamente inclina la balanza en la dirección del himno tipo "gospel" y la música de tipo más rítmico y romántico. Qué debe hacer el pastor, especialmente si ambos puntos de vista tienen el respaldo de grupos influyentes de su iglesia?

Reconozco que mis sugerencias sobre esta materia no van a complacer a ninguno de los dos grupos. Me temo que seré como el soldado de la Guerra Civil que vestía un traje gris y pantalones azules y le disparaban de ambos lados. No pretendo comprometerme con ningún lado, pero honestamente objeto tanto una dieta regular de Bach como otra de George Beverly Shea. No puedo sino sentir que ambos tienen su lugar.

Jones, en su sección sobre la música, establece tres principios que creo son dignos de consideración. El pri-

Un euro será abiertamente desafiado por algunos músicos: "Toda música es un complemento necesario de la adoración, pero nunca un fin en sí misma." Luego amplía este principio cuando dice:

Una de sus funciones principales es producir el ambiente y estimular las emociones que contribuyen al espíritu de la adoración. Si no lo logra, o si crea un ambiente o emociones contrarias al espíritu de la adoración, entonces falla. Si se sale de los propósitos de la adoración, y sólo da paso al mejoramiento del gusto musical de la congregación en general o si sólo pule a artistas con habilidades musicales, ha perdido su valor religioso."

Como un recurso de la adoración, algunas de las mejores músicas están representadas por los grandes himnos de alabanza. En un artículo del *Ministerio*, de diciembre de 1959, el Profesor Haroldo Hannum recomendó doce de estos himnos, propios por su inusual excelencia. Ellos son: "A ti, glorioso Dios" (No. 74); "Eterno Dios, mi Creador" (No. 72); "Aquí reunidos" (No. 8); "Al contemplar la excelsa cruz" (No. 91); "Venid, con cánticos, venid" (No. 7); "¡Oh Rey eterno, avanza!" (No. 375); "En la célica morada" (No. 507); "A Dios sea gloria" (No. 141); "Engrandecido sea Dios" (No. 10); "Oh Padre, eterno Dios" (No. 23); "Con gozo canto al Señor" (No. 322); y "De esclavitud" (No. 274). Himnos como éstos promueven el espíritu de adoración y deben ser aprendidos y usados ampliamente.

Pero esto levanta una seria pregunta. Supongamos que usted dirige a una congregación de gente localizada en un área de mediano nivel cultural. Algunos de los himnos más fáciles anteriormente mencionados son

posibles de aprender. Algunos otros jamás serán aceptados. Y esto nos lleva al segundo principio de Jones: "La música debe estar dentro del rango de apreciación de los adoradores." Él continúa diciendo: "Ellos deben entenderla y apreciarla, musicalmente hablando, y reaccionar espontáneamente. Debe encajar en sus necesidades. Ellos deben usarla entusiastamente como una expresión de sus sentimientos. De otra manera carecería de significado, de valor, como un vehículo de adoración."

Es aquí donde se pelea la batalla. Los puristas no pueden aceptar este punto de vista. Lo consideran como una concesión al gusto popular degenerado. En 1961 la Prensa Asociada divulgó un artículo titulado: "Pastor suplica se preserven los himnos antiguos." En él se decía:

"Ha surgido recientemente una voz del interior para protestar contra las decisiones de especialistas en música eclesiástica de eliminar los himnos evangélicos antiguos de los himnarios.

"El proceso ha estado en marcha por algún tiempo, en varias denominaciones.

"Al realizar un trabajo de revisión del *Himnario Metodista*, el Rev. Roy Delamotte, pastor en Kentucky y Tennessee, y una comisión, desató la firme protesta a favor de los himnos evangélicos sencillos.

"Si bien la música puede ser un asunto relacionado mayormente con las clases altas, tiene que ver también con el gusto de las masas, escribe en el último número de la revista de la iglesia": *El abogado cristiano*.

"La mayoría de los himnarios denominacionales han eliminado muchos himnos evangélicos, como 'En el monte Calvario' y 'Trayendo las gavillas,' los cuales han

Y Adorable

sido sustituidos por himnos más clásicos, muchos de ellos basados en cantos medievales y corales.

"El Rev. Delamotte, joven ministro que tiene un doctorado de Yale, sostiene que si bien los himnos tipo "gospel" tal vez no sean lo mejor musicalmente hablando, la gente sencilla los canta con entusiasmo, y eso vale más que 'un silencio rencoroso'.

"Si un metodista devoto se emociona cantando 'Hay un mundo feliz más allá,' de ninguna manera insistiré que cante en su lugar aquel bonito y antiguo himno del año 1336 llamado 'A la hermosa Trinidad,' añade.

"Él dice que las preferencias en materia de himnos de la gente común necesitan reconocerse 'si todavía tenemos esperanzas de evitar que nuestra una vez dinámica denominación se estrangule para siempre con un collar blanco.'

Sea cual fuere nuestra inclinación personal, tenemos que respetar este punto de vista. Creo que cada ministro debe tratar de seleccionar la música de su iglesia de tal forma que esté definitivamente por encima del rango medio de apreciación de sus adoradores. Debería tratar de elevar con tacto y paciencia este rango de apreciación; pero para lograrlo, no tiene que adelantarse tanto a la congregación de manera que se corte la comunicación. Debería tratar de sacarlos del conformismo con lo inferior, sin crear el "silencio rencoroso" que es el resultado de introducir muy rápidamente lo desconocido. Por otro lado, estoy convencido de que tenemos muchos himnos que son tanto musicalmente aceptables como dignos de cantarse. De esta categoría debiera hacerse la mayoría de nuestras selecciones. Jones establece muy bien este principio:

"El esfuerzo por elevar el nivel musical de los himnos es loable, pero si esto se convierte en un fin en sí mismo, puede fácil y rápidamente destruir el propósito de los mismos, que es cantar el evangelio en las vidas de los adoradores. No es necesario que todos los himnos del culto sean magníficos, dignos de ser transmitidos de generación en generación. Mucha música buena muere con la generación que la produjo y la encontró satisfactoria."

El tercer principio de Jones es que "la música de la iglesia debe ser el medio para el desarrollo, la expresión y la transmisión de la fe evangélica". La música que no armoniza con la teología de los usuarios no debe ser tomada en cuenta.

Helmut Thielicke, en su libro *El problema con la Iglesia*, habla de cuando acompañaba a cierto grupo de sus estudiantes a un campo de refugiados para ministrar a las personas más pobres entre los pobres. En las noches tenían reuniones con aquellos que iban a ser "embarcados" al día siguiente. Después del sermón, se les pedía a los miembros de la congregación que seleccionaran algún himno. Casi invariablemente elegían himnos tipo "gospel" (evangélico), de los no considerados apropiados para el servicio religioso por los músicos profesionales.

Thielicke declara que se sintió "un poco nervioso" al principio, pensando que sus alumnos estarían sufriendo de "tormentos estéticos" por tener que cantar estos himnos.

"Pero, entonces, ellos vieron cómo esta gente se entusiasmaba y emocionaba; empezaron a ver lo que esos himnos pueden significar para gente en tan difícil situa-

ción. Ellos incluso vieron lágrimas, y no podían ignorarlas tachando esa manifestación de "sentimentalismo". También fueron tocados por la devoción con que cantaban aquellos a quienes consideraban cristianos creyentes. Y de repente estos jóvenes, amantes de la estética litúrgica sufrieron un cambio: les empezaron a gustar estos himnos. ¡No porque su juicio estético acerca de ellos hubiera cambiado! No había cambiado en absoluto. Sino porque vieron que la estética aquí no encajaba, o que más bien era incapaz de explicar el misterio de lo que estaba ocurriendo allí.

"Esos himnos repentinamente estuvieron cargados de fe, esperanza y devoción en los labios de aquellos que los cantaban. Por tanto, no era paja sentimental, sino que tenía fondo y trascendencia. Era como si ellos mismos hubieran sido justificados por la fe de aquellos que fueron edificados por esos himnos; como si hubieran recibido una especie de 'justicia extranjera' (y por lo tanto no su propia justicia estética)."

Cuando un ministro pierde la habilidad de identificarse con su pueblo, cuyos gustos estéticos son inferiores a los suyos; cuando ya no puede penetrar más en su experiencia y disfrutar la expresión de culto que para ellos sí tiene significado, ha perdido una de las bellas características de un pastor. Las altas normas estéticas son encomiables. No veo por qué un grupo de ministros reunidos escoja pocos himnos de los mejores; y sin embargo, estos mismos ministros deberían ser capaces de penetrar sabia y prudentemente en el fondo de aquellos himnos que traen paz y esperanza a la gente que ha vivido en un nivel cultural diferente.

Se puede decir mucho más acerca de la música. Pero

en resumen diremos que los mismos principios de espontaneidad, candor espiritual y significado que rigen integralmente el culto adventista, deben también regir la elección de la música para nuestros cultos. Los himnos, preludios, respuestas corales, introitos, deben ser apropiados para la ocasión, comprensibles para la mayoría de la congregación, y ejecutados para la gloria de Dios y no para el ego del ejecutante. Seamos suficientemente flexibles al considerar las diferencias individuales, y suficientemente firmes para no impedir aquello que podría ser lo mejor.

Esto requerirá gran sabiduría y tacto de parte del ministro. Es posible que debilite su servicio de adoración errando en cualquiera de estas dos direcciones. Sólo a través del conocimiento de la música, de la gente y de los objetivos del culto adventista puede el ministro hacer decisiones correctas.

El otro componente de la adoración, el sermón, lo discutiremos en el último capítulo. Un área más, sin embargo, demanda nuestra atención al considerar la efectividad del culto adventista, y se trata del servicio de la comunión. No discutiremos en detalle la forma de conducirlo, pero un estudio del culto público no estaría completa si no consideráramos algunos aspectos del culto en este importante servicio.

En el servicio de la comunión la adoración debe alcanzar su máxima expresión, toda vez que los símbolos pueden hacer más real la presencia de Dios. Y, sin embargo, ningún servicio puede degenerar más en una muerta informalidad, que la Cena del Señor.

Los adventistas celebran la ordenanza del lavamiento de los pies antes del servicio de la comunión. Esta orde-

OTEC

nanza puede estar cargada de adoración si se entiende que es un memorial de la humillación de Cristo y un símbolo de limpieza espiritual. Puede ser totalmente apabullante para el yo, si los participantes están preparados para saludarse mutuamente, como demostración de que son lo suficientemente "humildes" para hacer algo que sus hermanos Bautistas o Metodistas vacilarían en hacer. El valor de la adoración en este servicio se reflejará en el cuidado con que haya sido planeado, por la quietud y reverencia con que se realice, por la idoneidad de las instrucciones dadas por el pastor y por la condición del equipo.

El servicio de la comunión, de la misma manera, debe ser significativo bajo la dirección del encargado del culto. Si un sermón sobre este servicio es necesario o deseable, debe predicarse un sábado antes. El día del servicio, el sermón bien puede limitarse a sólo diez minutos, y debiera tratar de algún aspecto pertinente o implicado en el servicio. Si bien se aplicarán ciertas normas bíblicas, ¿por qué no variar las lecturas de tiempo en tiempo? Los Evangelios y las Epístolas están llenos de citas apropiadas, especialmente la Epístola a los Hebreos. En cierta ocasión vi al Dr. Haroldo John Ockenga conducir un servicio de comunión en la Iglesia Congregational de la Calle Park, en Boston. Mientras distribuía las fuentes y los platos a los diáconos, leyó porciones apropiadas de las Escrituras, una después de la otra. Ello le sumó efectividad al acto.

Uno de los problemas más comunes en el servicio de la comunión es el factor tiempo. Desarrollar el servicio durante una hora y media o dos, lo torna ineficaz. Con cuidadosa planificación todo puede hacerse, sin prisas,

en una hora y quince minutos, apartando diez minutos para el sermón y un tiempo especial para detalles del evento. Una gran ayuda para recortar y profundizar este servicio es la instalación de pequeños depósitos para las copas de la comunión en el reverso de las bancas. En iglesias donde se usan butacas, un depósito o apoyo desmontable de aluminio cumple perfectamente esta función. Todo lo que se vea será una pequeña repisa que estará casi al nivel del respaldo de la butaca.

A través del servicio, debe prevalecer un espíritu de gozo. El tema es la salvación por medio del sacrificio de Cristo. Es un memorial de nuestra liberación del poder del pecado y un recordatorio de nuestra eterna redención. A veces nos conformamos solamente con hacerlo todo correctamente. Somos cuidadosos en el manejo del pan y del vino. Plegamos los manteles pulcramente y distribuimos los emblemas con precisión; sin embargo, falta el espíritu. No discernimos "el cuerpo del Señor." Si lo hiciéramos, saldríamos radiantes.

Como todos los servicios de adoración, éste debe ser bien planeado. El líder del culto debe pasar largas horas meditando, preparando, renovando su apreciación de su significado. Sólo así, la asistencia aumentará. La iglesia pronto necesitará incrementar su equipo. Y, lo más importante, los miembros de la iglesia estrecharán más su relación con Cristo y con sus hermanos.

Haroldo Fey, en su libro *La Cena del Señor*, dice:

"En cierta ocasión una iglesia que no contaba con un ministro pagado de tiempo completo, ni sacerdocio, ni catedrales, ni templos, ni donaciones, ni obispos asalarados o secretarias, ni publicidad, excepto las mentiras divulgadas por sus enemigos, estaba por desintegrarse,

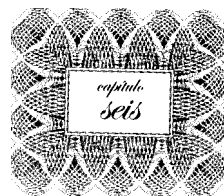
Y Adoradle

entonces decidieron colocar las bases de una nueva civilización. Su poder no provenía de ellos. Sólo tenían un don. Este les fue dado en reuniones de pequeños grupos que se daban cita antes del amanecer en casas de calles ocultas y en cuevas subterráneas de Roma. Los que se congregaban escuchaban sermones muy pocas veces, sólo cuando hombres como Pablo, el tendero, volvía de viaje. Pero cuandoquiera se reunían, partían el pan con alegría y sencillez de corazón, y compartían la copa del pacto con Cristo. ¿Qué tenía esa iglesia que no tengamos nosotros ahora?"

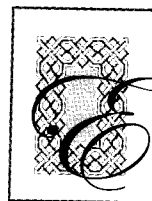
Elena de White comenta al respecto:

"El daño de la adoración formal no puede ilustrarse con trazos demasiado exagerados; sin embargo, no hay palabras que puedan ilustrar apropiadamente la profunda bendición del culto genuino" (*Testimonios para la iglesia*, tomo 9, pág. 143).

Debemos tener una forma, mas no caer en el formalismo. Y la forma debe corresponder al contenido. Cuando cada lectura bíblica interprete el verdadero significado del pasaje; cuando cada oración sea una obra maestra de disciplinada devoción; cuando cada himno sea la expresión de un alma dedicada; cuando cada sermón traiga a los hombres a los pies de la cruz, entonces la adoración cumplirá su propósito. Dios será glorificado, y su pueblo será edificado.



La predicación y la adoración



El hecho de que se haya comentado poco acerca de la predicación hasta el momento, no debe interpretarse como que ésta sea una parte menos importante del culto. De propósito he reservado mis comentarios sobre la predicación para el último capítulo, asumiendo que el tema más importante merece la posición más prominente.

Charles Reynolds Brown, en su excelente volumen titulado *El arte de la predicación*, ha expresado el caso en estos términos:

"El destino de nuestro cristianismo protestante está, a mi juicio, condicionado en gran medida por el engrandecimiento y el decaimiento de la predicación efectiva. Si usted leyera la historia eclesiástica, pasando por cada línea, descubriría que así es. Hay países donde los minis-

tros del culto tienen el privilegio de contar con la arquitectura más majestuosa que se pueda encontrar sobre la faz de la tierra para sus templos; han sido capaces de desarrollar y mantener las formas más ornamentadas e impresionantes de liturgias alguna vez imaginadas por los hombres; han tenido el privilegio de usar las más altas expresiones del arte, colocando en sus altares y para el adorno de sus nichos aquellas pinturas que son verdaderas obras de arte, así como estatuas de mármol tan noblemente cinceladas por la mano del escultor que parecen hablar; y son capaces de recibir la contribución de lo mejor que hay en música, ofrecida por maravillosos órganos y coros celestiales para inspiración de las congregaciones y oyentes. Y, sin embargo, si en todo ello faltara la viva voz de un hombre que hablara en el nombre y bajo el poder del Dios viviente, sobrevendría una irresistible y progresiva declinación de la vida religiosa de esa tierra...

"Y contrariamente, ha habido territorios donde todos los accesorios para el culto público y la calidad total del culto espiritual eran fríos y desnudos, como el caso del Centro de Convenciones de Nueva Inglaterra, edificado en una colina solitaria, pintado de blanco, con celosías verdes y cristales de vidrio claro cortados a veinticuatro por treinta centímetros. Pero en la misma cara de tal desventaja estética, la vida religiosa de esa tierra se elevó en poder, esplendor y firme devoción a través de la revitalizante influencia de la excelente predicación."

¡Mis amigos, la predicación no tiene sustituto! En décadas recientes el reavivamiento litúrgico ha marginado al predicador, dándole preferencia al altar. El sermón ha sido recortado mientras que la liturgia fue alargada. En 1961 un rector episcopal, Stephen F. Bayne, Jr.,

publicó un libro titulado *Entrad con regocijo*. Él se sentía obligado a poner a sus compañeros ministros a trabajar dada su descuidada predicación. Dijo:

"Ahora quiero decir algo... acerca de la predicación... Mucho del problema que enfrentamos en la adoración en nuestro tiempo se debe al hecho de que nos concentramos demasiado en la adoración, y no lo suficiente en la comunicación de la Palabra de Dios..."

"La comunicación de la Palabra de Dios es el corazón de todo el culto; y cualquier servicio donde éste no sea un elemento básico, es un servicio incompleto."

Simpatizamos con este sentimiento, pero puede sorprendernos el hecho de que sea necesario expresarlo. Se nos recuerda que el sermón está a la defensiva. Ha perdido el interés de mucha gente que está feliz de participar en la liturgia formal. Si esto no fuera verdad, no sería necesario escribir una apasionada defensa del sermón como la que se encuentra en un editorial de hace años de la revista *Christianity Today*:

"¿Qué, acaso ya no es importante el sermón? ¿Es la predicación anticuada? ¿Qué habrá querido decir Jesús cuando dijo a sus discípulos que predicaran, y que estaría con ellos hasta 'el fin del mundo'? Piense en un mundo donde jamás se pronunció ni escuchó un sermón. ¡La historia tendría que alterarse notablemente! ¿Qué habría pasado si Moisés, Amós, Jesús, y Pedro no hubieran hablado? ¡Imagínense que tengamos a Pablo, Savonarola, Lutero, Wesley, Moody y Graham en una convención diciendo entre ellos: 'La predicación es fútil; los sermones están fuera de moda!'"

"Ellos cambiaron estructuras sociales, sacudieron tiranías, liberaron a las masas de la esclavitud y la

superstición con la predicación. A través de la proclamación de la Palabra vieron millones de rostros encenderse como un millón de anuncios de neón, caras que alguna vez no contaban con un futuro. Testificaron de corazones que habían sido atados por la muerte y se levantaron triunfantes en vida como lo hiciera Cristo de la tumba. ¿Diremos a esa compañía que la predicación fue dejada en el olvido, reemplazada sólo por instrucciones tibias e indirectas, letanías y cánticos fríos? ¿O por centros de atención juvenil para la recreación, o banquetes para los ancianos? ¿Por cientos de comités y concilios carentes de un espíritu dinámico?

"Hubo un hombre enviado de Dios, dice el brillante Evangelio de Juan. Y algunos ministros modernos dirán: '¿Qué tan bueno está mi sermón de 20 minutos para el domingo de mañana? Todos están aburridos. ¡Muchos duermen!' Traten de decir eso a Juan que vino a dar 'testimonio de la Luz.' Su dieta era extraña, su vestido extraño; una roca de Judea era su púlpito, el cielo su tabernáculo, su bautisterio un lodoso río. Sin duda alguna sus sermones duraban más de 20 minutos. Eran estremeceadores, y probablemente sonaban 'dogmáticos.' Pero alguien escuchó; no todos estaban aburridos, ¡y pocos dormían! Pero Juan fue enviado. No era alguien que se espaciaba en definiciones, era un proclamador. Había lavado su alma en las corrientes espirituales; por medio de la oración había confrontado a Dios; había templado su espíritu por medio de la disciplina. Jamás pensó ni imaginó cambiar su púlpito de piedras para realizar un formidable servicio de adoración. ¡Ni siquiera si ángeles dirigieran los procesionales o recesionales!... ¡Intentad decirle que una liturgia apropiada es más importante que

la proclamación de la Palabra Viva del Dios viviente!"

Podríamos continuar avivando el fuego de esta batalla, pero no es necesario. Cada uno de nosotros está convencido de la importancia de la predicación en contraste con la liturgia. Reconocemos que la proclamación de la Palabra de Dios es vital en el servicio de adoración. Espero que hayamos captado la visión de un servicio balanceado, donde las lecturas bíblicas, la oración, la música, y la predicación se combinan armoniosamente en un culto espiritual.

Sólo en casos aislados la predicación adventista ha sido disminuida por la liturgia. Nuestra adoración se ha inclinado en otra dirección. Pero estoy convencido de que tenemos un problema con nuestra predicación. Si bien es cierto que raras veces hemos sacrificado la predicación en aras de la liturgia, a menudo lo hemos hecho, siento yo, por la fascinación de manejar un programa. Me preocupan ciertos comentarios de algunos amigos laicos acerca de los ministros. Con cuánta frecuencia dicen cosas como éstas:

"Él es un obrero trabajador, un buen administrador, un experto en finanzas, pero tiene poco o nada de predicador."

"Es un buen visitador, es bondadoso, es bueno con los jóvenes, pero no sirve para predicar."

"Es sincero y honesto, se lleva bien con la gente, todo el mundo lo respeta, pero con seguridad nos pondrá a dormir el sábado de mañana."

"Es un erudito, tiene buenas ideas, tiene una mente brillante, pero no sabe comunicar sus ideas."

En ocasiones los predicadores parecieran enorgullecerse del hecho de que pueden hacer muchas otras cosas

mejor que predicar. ¿Nunca se pusieron a pensar que cada congregación puede contar con laicos que aventajen al pastor como administradores, financistas, hombres de relaciones públicas, eruditos y constructores? Pero hay un lugar donde el pastor no debe tener igual, y ése es el púlpito.

Comprendo que es más fácil preocuparse por muchos asuntos, andar perpetuamente corriendo de aquí para allá, que dedicarse a realizar lo necesario para tener una buena predicación. Un predicador debe atender asiduamente todas las fases de su trabajo. Pero sigo sosteniendo que la predicación no tiene sustituto.

Cuando el predicador se dirige a un lugar de negocios el lunes de mañana para hablarle a uno de sus feligreses, ¿recordará inmediatamente este hermano el inspirador sermón que su pastor predicó dos días antes? ¿O recordará su aburrimiento, o que el tema insultó su inteligencia? La influencia de un predicador al convivir con sus miembros durante la semana se ve afectada en parte por lo que hace entre las once y doce de la mañana del sábado.

Cuando un predicador se sienta con su junta directiva y trata asuntos administrativos, ¿lo respetan sus miembros por su efectividad en el púlpito? ¿O será que deben buscar otras razones para respetarlo?

Cuando un predicador participa en la vida social de la iglesia, ¿su imagen se ve resaltada por su efectividad en el púlpito? ¿O será que tiene que compensar su ineficiencia en la predicación entregándose a competir en otras áreas de trabajo? Nuevamente insisto, ¡la predicación no tiene sustituto!

Leslie Weatherhead ha dicho:

"Una de las cosas que me ha ayudado aquellas maña-

nas en que me siento tentado a ser flojo es pensar en esto: Aquí estoy en este confortable estudio, habiéndome dado un salario que me libra de la ansiedad y el temor, por personas que ganan menos que yo. Uno trabaja en una fábrica, otro en un aserradero: viven en pequeñas casas y me están sosteniendo bajo la condición -es una ganga- de que cuando vengan a la iglesia el próximo domingo yo, que he sido puesto aparte y que he escalado las alturas, tendré algo que decirles acerca del mañana" (*Método y mensaje del nuevo evangelismo*, pág. 28).

Sí, el predicador debe tener "algo que decir... acerca del mañana." Él es más que un administrador de la iglesia, o que un maestro de ceremonias: ¡él es un predicador! Sólo mientras cumpla satisfactoriamente esta función podrá estar completa la adoración de sus feligreses.

Dobbins comenta la relación que existe entre el sermón y el servicio de adoración:

"El sermón no es algo aparte de las actividades de adoración precedentes, ni son éstas preparatorias del sermón. Todos los elementos del culto son tomados e iluminados en la adoración. El predicador, como el profeta de Dios, el intérprete de Cristo, y el instrumento del Espíritu Santo, trae luz de la Palabra revelada a las vidas de los oyentes necesitados. 'Predicar,' dijo Philips Brooks, 'es [la comunicación de] la verdad a través de la personalidad. Si no está cargada de adoración, la predicación habrá perdido su significado y propósito.

La predicación conduce a la adoración cuando presenta a la congregación la voluntad de Dios, las demandas de Cristo, el significado de la vida, y el desafío de cumplirlo en nuestras vidas. Tristemente, no toda predicación contiene esta realidad acerca de la voluntad de Dios, ni está

así de dominada por Cristo, así de centrada en la vida.

"Norman Cousins, editor de la *Revista sabática*, en un editorial titulado 'Maíz ministerial,' cuenta de una conversación que sostuvo con un campesino que asistía a la iglesia. Era domingo y la plática giraba en torno al hecho de ir a la iglesia y los predicadores. El granjero se había interesado en por qué tantos de sus vecinos no asistían a la iglesia, sin embargo todos ellos figuraban como miembros. 'Mi teoría es -declaró- que muchos ministros pueden oficiar pero no predicar. El sermón del domingo en muchos casos se ha vuelto poco menos que una prueba de resistencia para aquellos que deban sentarse a soportarlo.' Él había visitado la mayoría de las iglesias de la comunidad y había estudiado los sermones escuchados. Había notado el efecto de "cantaleta" logrado por algunos ministros, que daban la impresión de que al gastar tanto tiempo y esfuerzo en pulir el sonido difícilmente quedaba algo para el significado del sermón. 'Usted casi siente como si se esperara que juzgara el valor espiritual de un sermón por sus vibraciones tonales.' Él observó las frases repetidas, la pobre construcción literaria, los errores gramaticales, los argumentos desgastados, en una palabra, el 'maíz ministerial.' El campesino admitió que encontró excepciones, pero en muchos casos estuvo expuesto a 'una artillería pesada en oratoria combinada con un cartucho vacío en ideas.' Obviamente tal predicación no conduce a la adoración."

Cuando se considera la predicación como parte de la adoración, adquiere una nueva dimensión. El predicador hace más que hablar a la gente. Participa con ellos en el culto a Dios. Sus palabras están diseñadas para interpretar e iluminar la Palabra de Dios. Al continuar

este proceso, tanto el predicador como la congregación sienten un creciente amor y reverencia por el Autor de la Palabra, por Jesucristo que es la misma Palabra encarnada. La predicación en la hora de la adoración descarta aquello que es barato e inapropiado, porque está consciente de la presencia de Dios. Debe elevarse por encima de toda consideración de asuntos políticos o sociales, puesto que el predicador es el vocero de Dios. La predicación de adoración debe ser bíblica, no en el sentido de que siempre será una formal exposición de un determinado pasaje, sino en el sentido de que siempre estará fundada en la Biblia y tenderá a esclarecer el mensaje bíblico. La predicación de adoración nunca será dura y vengativa, porque tales actitudes son ajenas al espíritu de la adoración a Dios.

En resumen, pocos conceptos nos ayudarán más en nuestra predicación, que la comprensión de que ésta es el punto más elevado del culto a Dios. Jones lo describe así:

"Cuando el hombre entra en contacto espiritual con Dios, se produce la comunión; es adoración real. La predicación es adoración espiritual del más alto orden por que gracias a ella, Dios entra en contacto con las mentes, corazones y conciencias de los hombres. Por medio del predicador, Dios estimula y desafía todas las cualidades superiores del alma. De ahí que la predicación sea indispensable en toda adoración madura. La predicación es lo que hace madura a la adoración y la conserva así... Para la perpetuación del cristianismo evangélico, por lo tanto, es esencial que el sermón siempre sea una parte orgánica y central del culto divino. Protege a la adoración de caer en un mero sentimentalismo."

No sorprende que el texto modelo de homilética de

hace un siglo, *Tratado sobre la preparación y exposición de sermones*, de Broadus, incluya un capítulo final sobre la "Conducción de la adoración pública." El autor comenta al respecto en los siguientes términos:

"En vista de la íntima relación que hay entre el sermón y el servicio de adoración -tanto en su preparación como en su exposición- es altamente relevante que un tratado de homilética finalice con una consideración de ese servicio."

Broadus repasa los puntos de vista contrastantes concernientes a la importancia de la predicación y declara:

"Es necesario decir que el sermón en sí mismo es un acto de adoración y debe ser considerado como una parte orgánica del culto, no sólo como algo diferente o que tenga más o menos importancia que las otras partes."

Luego cita acertadamente a Morgan Phelps Noyes sobre este punto:

"Si el sermón une al adorador con su patrimonio cristiano en la Biblia y la iglesia; si se mantiene constantemente en contacto con lo que está 'a tiempo y fuera de tiempo'; si toma al adorador de tal modo que al escuchar responda, no al predicador sino a Dios, cuya Palabra ha encontrado a través del sermón, entonces legítimamente se puede decir que éste no es una parte distinta del acto de adoración de la iglesia, sino una parte vital de esa adoración."

En la revista *Signs of the Times*, del 24 de junio de 1886, Elena de White hace la siguiente declaración:

"Mucho de la adoración pública consiste en alabanza y oración, y cada seguidor de Cristo debe participar en esta adoración. Existe también el servicio de predicación conducido por aquellos cuyo trabajo es instruir a la congregación en la Palabra de Dios."

Esta observación un tanto casual nos recuerda otra vez el equilibrio que debe mantenerse en el servicio de la iglesia. Alabanza, oración y predicación, todo está incluido. Ninguna de estas fases puede ser ignorada sin arriesgar la integridad del servicio, y cada parte debe realizarse en orden y correctamente. ¿Nos hemos preguntado si estamos haciendo lo mejor en asuntos de música, oración y estudio de la Escritura? ¿Estamos organizando nuestro culto en forma significativa? Preguntémonos solemnemente: ¿estamos haciendo lo mejor en el púlpito?

Existe un descontento general con la calidad de la predicación adventista. Laicos que aman y respetan a sus ministros han dicho confidencialmente que desearían que se predicaran mejores sermones. Personas que viajan de iglesia en iglesia y escuchan a muchos predicadores están preocupadas acerca de la calidad de sus disertaciones. ¿Qué podemos hacer como ministros para cambiar esta situación?

Las siguientes sugerencias son estrictamente mías. No las he tomado de ningún libro, ni he sido influenciado por nadie para darlas. Hablo movido por una profunda preocupación que ha ido creciendo consecuentemente desde que empecé mi aspirantazgo hace más de treinta años. Esta preocupación es posible que se haya agudizado desde que me involucré en la preparación de jóvenes ministros. Creo que podemos elevar la predicación adventista a un nivel de excelencia si ponemos atención a los siguientes puntos:

1. Debemos convencernos de que no hay sustituto para la predicación. Es cierto que los hombres y las juntas que determinan nuestros destinos profesionales están menos relacionados con nuestra predicación de lo que lo están

con nuestra habilidad de hacer promociones, relaciones públicas y nuestro talento administrativo. Nuestros informes mensuales no indican la calidad de nuestros sermones, sino la cantidad. Es posible que tengamos éxito en muchas áreas, pero seamos deficientes como predicadores; sin embargo, nuestro éxito en otras áreas no debiera contentarnos para ser predicadores mediocres. Los más grandes momentos de la vida de un predicador deben producirse entre las once y doce de la mañana del sábado; y esa hora debe alcanzar su clímax al pararse detrás del púlpito para predicar la Palabra de Dios.

2. Debemos estar dispuestos a pagar el precio de ser buenos predicadores. ¿Cuál es ese precio? Largas horas de estudio exhaustivo, a menudo cuando uno se encuentra cansado después de haber enfrentado las múltiples demandas de nuestro trabajo; largas horas escribiendo, reescribiendo, bosquejando, memorizando, practicando; una búsqueda infatigable de material para un sermón relevante mientras visitamos, mientras efectuamos los negocios de la iglesia, mientras leemos el periódico, mientras escuchamos la radio y miramos la TV; horas de pensamiento creativo, durante las cuales luchamos por hacer relevante la Palabra de Dios a las necesidades de nuestro pueblo; horas de devoción cuando buscamos una comunión personal con Dios que nos capacitará para interpretarlo correctamente; ése es el costo de ser un buen predicador.

Casi no se espera que los oradores o escritores o periodistas produzcan tan buen material como el predicador, si se precia de tal. Y el pastor debe hacerlo bajo la presión de muchos otros deberes. Permítanme añadir parentéticamente que un predicador pronto cesará de producir buenos sermones si no tiene otras cosas que hacer. La

visitación, la administración de la iglesia y los contactos públicos lo mantienen al tanto de la vida, y sin esta experiencia sus sermones pronto carecerán de valor.

3. Debemos descubrir en qué consiste realmente la buena predicación. Algunos hombres son como fuentes. Pueden elaborar un sermón como si sacaran algo del sombrero. Unen unos cuantos textos, ilustraciones y citas, y los tejen en un sermón razonablemente aceptable con muy poco esfuerzo. Su lema es, como lo han sugerido algunos homiléticos, "si te persiguen en un texto, ¡huye al otro!" Pero estos sermones, ya grabados y transcritos, se vuelven insípidos, repeticiones banales, clichés y otras fruslerías. Desde luego, algunas personas pueden sentir que son ayudadas por tales sermones. La personalidad puede cubrir multitud de pecados. Pero la gente con discernimiento descubrirá la vacuidad de semejantes presentaciones. Una predicación tal habrá avanzado mucho en el lamentable proceso de sustituir el sermón por la liturgia.

Otro tipo común de predicación se restringe a temas moralistas, eventos de actualidad, y problemas sociales. Estos sermones pueden ser interesantes y hasta bien elaborados; pero no es verdadera predicación. La verdadera predicación es la exposición de la Palabra de Dios con el propósito de revelar el evangelio de Cristo y llevar a los hombres a aceptar las demandas del Salvador.

La verdadera predicación es bíblica; predica a Cristo, y predica por decisión. Elena de White dijo: "Predicad, de manera que el pueblo pueda posesionarse de las grandes ideas, y extraiga el precioso mineral escondido en las Escrituras" (*Manuscrito 7*, 1894, citado en *El evangelismo*, pág. 128). Este tipo de predicación debe ser más que la mera repetición de ideas prestadas. Debe guardar una verdade-

ra relación con la Palabra de Dios y su Autor. El gran retórico homilético, George Campbell, definió bien el asunto:

"Es posible que la Palabra de Dios sea, y a menudo lo es, manejada descuidadamente. Para que el predicador se libre de este cargo, primero debe asegurarse de que él mismo comprende con claridad el significado de cada cosa que dice; y luego debe examinar si la expresión que espera usar es una definida y correcta enunciación de dicho significado. Porque, si bien es cierto que un predicador a menudo no es comprendido porque no ha expresado su significado con suficiente claridad, también es cierto que a veces no es comprendido porque no tiene ningún significado que expresar" (*Conferencias sobre teología sistemática y elocuencia en el púlpito*, pag. 15).

4. Debemos esforzarnos para que nuestra predicación sea relevante frente a las necesidades de nuestra gente. Como se ha dicho tantas veces, muchos predicadores están contestando preguntas que la gente no ha hecho. Los predicadores pueden llegar a involucrarse tanto en los asuntos teológicos que pierden totalmente de vista las necesidades de su congregación. Predican lo que les interesa a ellos, y descuidan lo que interesa a la iglesia. Esto puede ser particularmente cierto en los predicadores recién salidos del colegio. Quieren estrenar sus frescas ideas en congregaciones impredecibles; pero sus oyentes de inmediato cambian de canal, y el predicador sigue y sigue, ingenuamente inconsciente de que no está siendo escuchado. Aparte de su preparación teológica, cada predicador recién egresado debe llevar un buen curso de psicología, sociología, y persuasión en el hablar. A fin de saber cómo alcanzar mejor a la gente, debe conocer el comportamiento de los individuos y los grupos.

Algunos evangelistas levantan sus carpas y hablan a una sociedad de hace setenta y cinco años, y se asombran de que tan pocos lo escuchen. Algunos pastores se preguntan por qué los jóvenes son indiferentes, y no se dan cuenta de que sus jóvenes no tienen la menor idea de lo que sus pastores quieren decir. Hacer relevante nuestro mensaje no significa distorsionarlo, enfriarlo, o mutilarlo. Simplemente significa que lo comuniquemos, que proyectemos nuestros pensamientos en formas tales que nuestros oyentes sean capaces de entender.

Broadhurst, en su biografía de Norman Vincent Peale, dice:

"Yo estaba imbuido de todo lo que escuchaba en el salón de clases allá en la Escuela de Teología de Boston, y específicamente en ese tiempo estábamos estudiando la doctrina de la expiación. Por lo tanto, preparé un sermón pesado, erudito e intelectual sobre dicho tema, que pensé utilizarlo con los miembros rurales de mi iglesia el siguiente domingo.

"Recuerdo que me senté en el pórtico de enfrente de la casa el sábado de tarde, y le leí el manuscrito de mi sermón a mi padre. Él se había sentado con las piernas descansando sobre la barandilla del pórtico, recargado hacia atrás en una silla, escuchando paciente y cortesmente. Cuando terminé de leer el manuscrito, le pregunté si le gustaba.

"Nunca olvidaré su respuesta. Él dijo: -Bueno, Norman, hay varias cosas que yo haría con ese sermón, si fuera tú. Primero, bajaría al sótano y lo echaría al horno para que se quemara... Nunca prediques de un manuscrito...

"Entonces añadió: la expiación es un gran mensaje,

peco no debes hacerlo tan intrincado. La erudición no consiste en usar palabras oscuras o altisonantes o un lenguaje que no sea sencillo. La verdadera erudición, te permite tomar los más grandes principios del mundo y hacerlos tan simples que hasta un niño pueda entenderlos. ¿Acaso el más grande de todos los maestros, Jesús, no hizo eso por medio de sencillas ilustraciones conocidas como parábolas?

"Así que -agregó- ve y dile a la gente que Jesús murió por ellos; que murió para salvarlos del pecado y de la confusión y del temor y del odio. Sólo dilo en el lenguaje de la gente común, sencillo, cotidiano; en palabras de una, dos o tres sílabas; en frases sonoras, firmes, que Jesucristo puede salvarlos y darles el gozo y la paz, y hacer sus vidas fructíferas en el campo del servicio. Ve y dile a la gente acerca de la maravillosa gracia de Jesucristo en un lenguaje que puedan entender. Hazlo breve, hazlo interesante, y sobre todo diles lo que tú personalmente sabes y has experimentado. No trates de predicarles una religión teórica. Háblales de tu experiencia personal con Cristo."

Enfatizando: debemos llegar a la conclusión de que la predicación no tiene sustituto; debemos descubrir en qué consiste la buena predicación; debemos estar dispuestos a pagar el precio de lo que la buena predicación demanda; y nuestra predicación debe ser relevante para las necesidades de nuestra gente. ¿Pedimos demasiado? Esta clase de eficiencia profesional no es ni más ni menos de lo que demandamos de un doctor, un abogado, o un investigador. Y debemos recordar que la adoración nunca será lo que debe ser hasta que la predicación ocupe su verdadero lugar.

Quisiera compartir con el amable lector una de las mejores descripciones que he leído de lo que es un sermón. Fue escrita por H. Grady Davis, un gran homilético de nuestros días:

"Un sermón debe ser como un árbol.

Debe ser un organismo vivo:

con un pensamiento robusto cual simple tallo,
con ramas naturales que alcancen la luz.

"Debe tener profundas raíces:

Tanto invisibles como visibles por sobre la
superficie,

Raíces que se expandan tan extensamente como
las ramas,

Raíces sumidas en lo profundo de la tierra,
en el terreno de la lucha de la vida,
en el subsuelo de la Palabra eterna.

"No debe mostrar nada sino sus propias partes
reveladas:

Ramas que se proyecten por la fuerza de su vida
interior,

Frases como hojas familiarizadas con su propio
rocío,

Fieles a sus especies,

No tomadas de suelos ajenos;

Ilustraciones como botones que se abran desde
el interior de estas ramitas;

No papalotes (cometas) de brillantes colores
impulsados por el viento del pensamiento de
otra persona,

Enredados en estas ramas.

"Debe tener flores y fruto, al mismo tiempo,
como la naranja:
Que tiene algo para comer,
Para sustento inmediato;
Que tiene algo para deleitar,
Para belleza y fragancia presente,
Para el gozo de la esperanza,
Para la cosecha de un día lejano.

"Para ser todo esto debe crecer en un clima
cálido:
En tierra enriquecida por la muerte,
En amor, como el sol que todo lo ve y todo lo
alegra;
En confianza, como la noche que arrulla el
sueño,
En piedad, como la lluvia"

(Diseño para la predicación, págs. 15, 16).

Así llegamos al final de nuestra breve búsqueda de una comprensión más profunda de la adoración. En nuestro esfuerzo por enfocar lo dicho acerca de este tema, deseo resumir una evaluación del tema de la adoración encontrada en el último capítulo del libro de Dobbins, *La iglesia en culto*. Él presenta su serie de pruebas para la validez de un servicio de adoración como sigue:

"El destino cuelga de las consecuencias de la adoración. ¿Son confrontados los no creyentes con Cristo y sus demandas tan persuasivamente que lo han aceptado como su Salvador y Señor? ¿Están las vidas tan reconstruidas que soportan las tentaciones del mundo, la carne y el diablo? ¿Están las familias tan ligadas entre ellas que

resisten las fuerzas de la desorganización? ¿Están los jóvenes siendo enviados al mundo con tal fuerza de carácter para hacer que sus vidas hablen de Cristo? ¿Están los hombres y mujeres siendo despedidos de los cultos para ir al mundo, a los negocios, la industria, las diversas profesiones y ocupaciones, teniendo puesta toda la armadura de Dios para que puedan soportar el día malo, y habiendo hecho todo, resistir? ¿Puede decirse con seguridad de aquellos que participan en los servicios de adoración que son la sal de la tierra, y la luz del mundo?"

Luego Dobbins sugiere el principio de la disposición que implica preparación, orden antes de comenzar el servicio, espíritu de reverencia de parte de los directores del culto.

Su segundo principio es unidad. Aquí se refiere al patrón del servicio de adoración que hace que las diferentes partes del mismo se entretengan con un motivo que los controle. Esto implica coherencia y concentración.

Tercero, él invoca el principio del movimiento. El servicio de adoración contribuye a la realización de las funciones de la iglesia. La reconoce como un organismo, no meramente una organización, y desecha la pereza, el letargo y la dirección sin propósitos.

Como punto siguiente Dobbins presenta la economía. Nada debe desperdiciarse en la hora del culto. Lo innecesario e irrelevante debe eliminarse. Aunque sin premura, el servicio debe comenzar a tiempo y terminar a tiempo.

El principio de dignidad es importante. La dignidad no implica "rigidez, formalidad, antinaturalidad, reserva," sino "mérito, valor, autenticidad."

Otro principio es la belleza. La relación entre "la belleza, la bondad, la fealdad y la maldad", debe ser clara y

Y Adorable

definida. "La fealdad en la adoración es intuitivamente repulsiva," dice. La belleza no demanda rigidez ni extravagancia, sino buen gusto y planeación.

Y entonces el autor sugiere el principio del misterio. Uno debe aproximarse a Dios con temor y reverencia. La música barata, la poesía secular, las oraciones politiqueras, los ministros jocosos, violan este principio.

La última prueba es la democracia. ¿Se sienten los adoradores estimados e incluidos? ¿Han sido tomadas en cuenta sus necesidades? ¿Participa la congregación? ¿Indica el culto que se respeta a las personas?

Después de explicar cada una de estas pruebas, Dobbins hace la pregunta: "Evaluado por este principio, ¿qué calificación tendría un servicio de adoración dado?" Estos y otros criterios pueden aplicarse con buenos resultados a nuestros cultos. Si el lector de este libro es un conductor del culto, el momento de aplicar estos principios es el siguiente sábado. Las palabras de Jesús a la mujer en el pozo no han perdido su actualidad y urgencia: "Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren" (Juan 4:23; la cursiva es nuestra).

El Padre está buscando adoradores, verdaderos adoradores. Nos ha confiado el privilegio de dirigir semejante adoración. Quiera el Señor darnos la gracia de cumplir esta misión con efectividad y en forma siempre creciente.

